

NUMERO 77

ENERO 30 de 1935

77ª REUNION—Cont. de la 15ª SESION EXTRAORDINARIA

Presidencia del doctor JULIO A. ROCA,

Vicepresidente de la Nación,

y del doctor ROBUSTIANO PATRON COSTAS,

Presidente Provisorio del Senado

Ministros presentes: de Hacienda, doctor Federico Pinedo; y de Agricultura, ingeniero Luis Duhau.

Senadores presentes: Alberto Arancibia Rodríguez, Mario Arenas, Carlos A. Bruchmann, Rudecindo S. Campos, Ramón S. Castillo, Raúl Ceballos Reyes, Francisco R. Galíndez, Laureano Landaburu, Lucio López Peña, Juan José Lubary, Pío Montenegro, Alfredo L. Palacios, Robustiano Patrón Costas, Carlos R. Porto, Guillermo Rothe, Matías G. Sánchez Sorondo, Antonio Santamarina, Cruz Vera, Juan R. Vidal.

Senadores ausentes, con aviso: Mario Bravo, Aldo Cantoni, Francisco E. Correa, Atanasio Eguiguren, Eduardo Laurencena, José Nicolás Matienzo, Carlos Serrey, Lisandro de la Torre, Horacio Vera Ocampo, Benjamín Villafañe.

Senador ausente, sin aviso: Mariano P. Ceballos.

SUMARIO

1.—Asunto entrado:

I.—Proyecto de ley del senador Santamarina, incorporando a la ley orgánica municipal de la ciudad de Buenos Aires, un artículo relativo a la introducción de carne para el consumo del municipio.

2.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Hacienda, en el mensaje y proyectos de ley del Poder Ejecutivo, sobre bancos y moneda.

3.—Se pasa a sesión secreta.

4.—Continúa la consideración del asunto a que se refiere el número 2 del sumario. Se aprueba el des-

pacho en general, y en particular el artículo 1º del proyecto sobre creación del Banco Central.

—En Buenos Aires, a los treinta días del mes de Enero de 1935, siendo la hora 16 y 25 minutos, dice el:

1

ASUNTO ENTRADO

Sr. Presidente. — Continúa la sesión.
Se va a dar cuenta de un asunto entrado.

sancionado una prohibición absoluta de introducción de carnes de toda clase a la Capital Federal, sin reserva sanitaria alguna y esto crea situaciones de anomalía que afectan no sólo a la provincia, sino al propio gobierno federal.

En Buenos Aires existen establecimientos frigoríficos que proveen de carne al mercado interno y al externo. Esos establecimientos se encuentran en zona portuaria y en zona provincial, estando vigilados por funcionarios nacionales y provinciales. Los frigoríficos que se hallan instalados en el puerto de La Plata, están sujetos a una inspección veterinaria dirigida por el Ministerio Nacional de Agricultura y ella se hace efectiva sobre las carnes frescas destinadas al consumo interno, sobre las carnes enfriadas que se exportan y sobre las conservas que se absorben dentro y fuera del país.

Esos productos que se encuentran en perfecto estado y que tienen la garantía del gobierno nacional, pueden ser y son llevados al extranjero, pueden ser y son consumidos en la provincia de Buenos Aires y en otros Estados federales, pero no podrían ser introducidos a la Capital Federal.

Basta señalar el hecho y su notorio contrasentido para percibir que no hay un motivo de salubridad sino una peligrosa iniciación de política fiscal entre provincias y municipalidades, la que creará, en caso de no contenerse, situaciones nuevas perjudiciales e inquietantes.

No es preciso ahondar en la hipótesis para darse cuenta de lo que ocurriría si cada Estado y cada municipio dentro de nuestro país, campeara libremente y sin limitaciones por sus intereses en materia de producción de manufactura y de comercio.

La Capital impide la introducción de carnes de la provincia de Buenos Aires; ésta, a su vez, podría dictar leyes restrictivas de la salida de sus productos y si la prohibición se dirigiera al ganado en pie, los frigoríficos de la ciudad de Buenos Aires se verían obligados a cerrarse o a proveerse por vía fluvial encareciendo los precios.

De una política semejante a que sólo se alude como a una hipótesis absurda, sólo pueden surgir consecuencias inconvenientes desde todo punto de vista. En los alrededores de la Capital Federal y dentro de la provincia de Buenos Aires, funciona el Mercado de Avelaneda, frigoríficos en este último distrito y en La Plata, aparte de numerosos establecimientos donde trabaja un personal muy grande y donde se cumplen todos los requisitos que reclama la higiene moderna.

El gran centro de consumo al cual proveen, salvo lo que se destina a la exportación, es la ciudad de Buenos Aires, de manera que si la medida sancionada se hiciera efectiva, tendría también como resultado un perjuicio irreparable para los miles de trabajadores que se ocupan en esas funciones y para los capitales que se mueven alrededor de esas industrias.

En estos momentos de desocupación, la ordenanza significaría lanzar a la calle miles de operarios útiles y crear un problema más a nuestro pueblo.

El traslado mismo de esos trabajadores, instalados en la provincia, caso supuesto de que se pudieran ocupar en la Capital, congestionaría los locales de esta última, obligaría, con los trastornos del caso, a cambios y mudanzas y al abandono de los locales actuales, circunstancias todas estas perturbadoras y que deben contemplarse por los hombres de gobierno.

Si las cuestiones de orden legal, comercial y social que plantea, no fueran suficientes para probar la necesidad impostergable de una solución de atendible justicia, me permitiré advertir el desequilibrio que sig-

nifica, como manifestación de orden público, el capricho del Concejo al sancionar ordenanzas en pugna con los principios fundamentales del derecho y con peligro para los intereses fundamentales, también, de la mayor industria del país.

Las grandes conveniencias de su protección, la tranquilidad que debe dársele para su explotación lícita, el amparo a la libertad del trabajo y el problema social a que antes se ha aludido, merecen una seguridad mayor que la transitoria de un veto, cuyo alcance y efectos durarían hasta el momento de una nueva sanción de análoga ordenanza.

Y es con el propósito de evitar esta perjudicial alternativa y para dar con carácter definitivo la garantía a que me he referido, que someto a la consideración del Honorable Senado el proyecto presentado, cuya sanción solicito.

Antonio Santamarina.

—A la Comisión de Negocios Constitucionales.

2

BANCOS Y MONEDA

Sr. Presidente. — Continúa con la palabra el señor ministro de Hacienda.

Sr. Ministro de Hacienda. — Señor presidente: Cuando la sesión anterior se interrumpió anoche, un poco por culpa mía, — dada la extensión que me he visto obligado a dar a mi discurso por consideraciones totalmente extrañas al tema que discutimos, vertidas en la sesión —, había llegado a preguntarme si la coordinación de los elementos monetarios y bancarios argentinos, nacidos de la evolución del sistema creado por la ley del año 1899, y formado sobre la base de su transitorio artículo número 7, era conveniente o no. Y ese era el momento de apreciar si había algún fundamento que justificara el proceder de la República Argentina, comparado con el proceder de Gran Bretaña.

Gran Bretaña y la Argentina, dije ayer, partiendo de legislaciones substancialmente parecidas en cuanto establecen una separación entre el instituto propiamente emisor y el instituto bancario central, no siguieron idéntico camino. Habíamos evolucionado en distinta forma, tal vez por la unidad de comando que tiene en Inglaterra todo el mecanismo financiero, y la diversidad de comando, o más bien la falta de comando único en la Argentina, ya que entre nosotros cada uno de los rodajes de ese mecanismo obra por separado, con prescindencia de la acción del otro.

Es claro que me afligiría que pudiera hablarse de la versatilidad argentina comparada con

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

la persistencia inglesa. Correspondería, en seguida, entrar a examinar y observar si la actitud de Inglaterra, que vuelve después de la catástrofe de la guerra mundial al sistema que tenía anteriormente con sus dos departamentos y sus prácticas de Banco Central, manejando un mecanismo financiero evolucionado y con unidad de moneda por haber hecho desaparecer los «currency notes» o billetes del Estado, es comparable con la que asumiría la Argentina, impelida un poco por el gobierno, olvidándose de su Caja de Conversión que tanto tiempo fué gloriosa, y buscando soluciones por el lado del Banco Central y del sistema monetario que reposa sobre la base de la garantía proporcional de emisión, que fué rechazado en Inglaterra.

Lo más extraordinario, señor presidente, sería que ese contraste de proceder se debiera a que en la República Argentina se encuentra al frente del Departamento de Hacienda, precisamente una persona que durante largos años se ha encargado de demostrar que nuestro sistema no era tan malo, que no era una forma de reglar la moneda la que teníamos nosotros, que la hiciera forzosamente inelástica, que no se trataba de un sistema en todo caso rígido y que no había incompatibilidad entre el mantenimiento de la Caja de Conversión y la formación de un sistema elástico de pagos, basado en el desarrollo del sistema de cheques y en la existencia del Banco de la Nación.

Es evidente, señor presidente, que no tendría derecho a ocupar ni siquiera por pocos minutos la atención del Senado si sólo fuera para justificar mis propios cambios de opinión que a este cuerpo interesan poco y menos a la opinión de la República. Por una curiosa coincidencia, que alguna explicación debe tener, han llegado simultáneamente los datos de que ha hecho mérito el senador por Santa Fe y el diario «La Prensa», el uno, anoche y el otro esta mañana, y de los que se enterará simultáneamente toda la República. Pero nada importa que un obscuro profesor, o maestrillo, como quiera llamársele, que pronunciaba conferencias sobre materias tan poco atrayentes como el sistema monetario y la organización bancaria de la República, haya sido seguido por el coloso impenetrable, que no sale jamás del Olimpo y que haya tenido también la virtud de atraer la curiosidad de otro ser más o menos mitológico, que se mueve escasa y rara vez en el mundo fuera de aquel cónclave que alguna vez describí, y que se haya dignado descender a exa-

minarlo para ver qué podía haber allí que fuera útil.

Son los cambios fundamentales del país lo que puede interesar al Congreso para ver si efectivamente es justificado el nuevo ordenamiento monetario que se propone, o, mejor dicho, el ordenamiento de lo que ya ha sido transformado por los hechos y que se trata de consagrar en un cuerpo de doctrina homogéneo y completo.

En lo que concierne a mis propias contradicciones, a la montaña de contradicciones, como dijo ayer con su habitual riqueza de expresión el señor senador por Santa Fe, puedo anunciar a la Cámara que me muevo entre ellas como pez en el agua. Conozco esa materia como para no enredarme en una cosa que no haya pensado decir, y si los que se han entretenido en glosar algunos pasajes de la exposición doctrinaria del ministro que hoy habla, los hubieran estudiado, dedicándoles tantos minutos como a mí me costó años redactarlos, habrían encontrado, acaso, la explicación de cosas que les han parecido incomprensibles.

Por ejemplo, señor presidente, hubiera chocado menos el aparente conflicto entre afirmaciones del maestrillo del año 1931 y del ministro del año 1934, si se hubiera interpolado una exposición de un simple diputado que allá por el año 1932, trató el tema que hoy nos ocupa.

¿Un cambio de opiniones entre el año 1931 y el año 1934?... Cosa sería; denota una falta de fijeza en los conceptos, verdaderamente alarmante. Pero un cambio de conceptos entre el 1931 y el 1932, hubiera sido más alarmante todavía, y hubiera sido seguramente de gran efecto parlamentario confundir al ministro que así se expide, mostrando que lo que sostenía que era blanco el año 1931, sostenía luego que era negro, el año 1932.

Entre el conjunto de herejías monetarias y bancarias en que debo haber incurrido en mi vida, llegué a sentir esto: que todos los sistemas monetarios, cualesquieran sean las bases que se les den, se parecen los unos a los otros en una forma que los hace difícil distinguir en los hechos; que sobre la misma estructura legal se elabora, por circunstancias de la vida, una superestructura idéntica, prescindiendo, naturalmente, del sistema monetario que consiste en imprimir billetes para pagar las necesidades del Estado, porque eso es la carencia de sistema monetario. Incluyo en ese sistema, o carencia de sistema monetario, lo que alguna vez propició el señor senador por Santa Fe, con su tan renombrado proyecto de extirpación de la deuda pública y de las cédulas hipotecarias.

mediante su compra total con dinero proveniente de generosas emisiones, y aquellos otros que la Cámara de Senadores escuchó a principios del año 1932, por los cuales se daba todo el dinero necesario para subvenir a las necesidades fiscales — 200.000.000 de pesos — y se permitía al Estado tomar gratuitamente, con fines de pago de la deuda pública, el oro acumulado en la Caja de Conversión.

Prescindiendo de esas aberraciones monetarias, que no pueden ser clasificadas entre los sistemas conocidos en los países cultos y llego a esta conclusión: hoy, como hace dos años y como hace cuatro años, afirmo que los sistemas monetarios del mundo, edificados sobre bases legales bien distintas, se parecen extraordinariamente; que con o sin Banco Central se pueden tener medios elásticos de pago; que el uso del cheque y la movilización de los depósitos, que se desarrolla activamente cuando desaparece el rival que es el billete de Banco o la moneda de Estado, reemplaza al billete en todas sus funciones, permite expandir la cantidad de circulante cuando los negocios son abundantes y las exigencias de numerario considerables, y permite, también, una contracción del medio circulante, cuando un gran Banco de Estado o una institución central son capaces de absorber la moneda que está de más, formando reservas y no ampliando el crédito en la proporción en que crecen sus encajes.

La comprobación de ese aserto, que parece un tanto fantástico, fué hecha en el curso de conferencias, o de clases, o como pueda llamarse — porque también resulta que ése es un término presuntuoso — fué hecha en ese curso, tomando las realidades demostradas por los balances de los bancos centrales de todo el mundo.

Se cree generalmente que los bancos centrales tienen por resorte principal la función de emitir billetes y que, sin la facultad de emitir billetes, no se concibe un Banco Central convirtiéndose el mecanismo en algo semejante al sistema monetario de los países regidos por estas modestas cajas de conversión, como la que ha tenido la República Argentina, la que tuvo en un tiempo Brasil y la que existió en Buenos Aires mucho antes de la lucubración de teorías complicadas, allá por los años 1867 a 1875, en que nació la Oficina de Cambio del Banco de la Provincia.

Sería impertinencia ocupar la atención de la Cámara con la demostración de estos hechos de investigación tan sencilla: por una curiosa evolución, los bancos con derecho a emitir bi-

lletes llegan a no emitirlos; el Banco de la República Francesa, fundado en tiempos de Napoleón, sin obligación de mantener encaje alguno, llegó a tener habitualmente cubierto su papel en la totalidad; el Banco de Inglaterra, con facultad legal para emitir 18.000.000 de libras por ampliaciones sucesivas de los 14.000.000 que tuvo en tiempos de Peel, no tuvo generalmente, hasta después del año 1919, un solo billete en descubierto; el Banco Imperial Alemán, heredando las costumbres del Banco de Prusia, fué rehaciendo rápidamente sus encajes, hasta no tener tampoco un solo marco en descubierto. De modo tal, que la facultad supuestamente primordial de ampliar la emisión o poner en circulación billetes que sólo estuvieran garantizados por una pequeña proporción de sus encajes, era una facultad de la cual no se hacía uso. De que ese fenómeno se producía antes de la guerra, existen, como digo, pruebas totales y documentales, y si algunas naciones tienen una pequeña cantidad de papel descubierto, es absolutamente equivalente a la cantidad de moneda divisionaria que tendrían si los billetes chicos no formaran parte del sistema bancario y figuraran, como en otros países, como una moneda de Estado, desvinculada de la que tiene que garantizar, pagar y redimir el Banco Central.

Es sabido que en muchos países, en Estados Unidos, por ejemplo, al lado del sistema monetario basado en el Banco, existe un sistema monetario no pequeño que se basa en leyes económicas distintas, generalmente constituido por billetes de Estado. Esos billetes tienen en la teoría, como explicación, la de que reemplazan al oro que siempre estaría circulando cualesquiera fueran las transacciones realizadas. Se llega a la suposición teórica de que el mínimo circulante puede ser reemplazado por papel no cubierto, y esa ley monetaria fué formulada ya con toda precisión por Ricardo, hace más de 120 años, cuando propuso, como un sistema monetario ideal, aquel según el cual existiría papel en reemplazo del oro y sólo su coronamiento estaría constituido por oro, que entraría y saldría de la circulación cuando ésta se contrajera o se ampliara.

Si se supone en algunos países que una parte de su sistema monetario corresponde al que en otros está constituido por la emisión fiscal, se llega en todos ellos a esta conclusión: el sistema monetario fundado en la existencia de bancos de emisión, se traduce en el hecho de que los bancos de emisión no emiten; lo que

hacen es manejar las reservas que constituyen en sus arcas los otros bancos o el público.

Decía, hace un minuto, que eso podía aparecer como un hecho totalmente del pasado, inexistente en la actualidad; pero lo que es verdaderamente curioso es que países como Estados Unidos, en donde ha habido una tentativa intencional de ampliar la circulación y de poner en el mercado un número de billetes considerable, la moneda ha vuelto a niveles sensiblemente parecidos a los que regían antes de la considerable inflación del año 1932, a las cercanías de 5.000.000.000 de dólares, desapareciendo el grueso pico que se ve en los gráficos, como el que tengo aquí, del Boletín de la Reserva Federal, y que esa moneda circulante, comprendida la moneda bancaria, la moneda de Estado y de los bancos nacionales que forman ese complejo mecanismo monetario de Estados Unidos, todas esas formas de billetes son menores que el oro atesorado en las arcas del Estado o del Banco Central o de los bancos de la Reserva Federal. De modo que no se puede decir respecto de Estados Unidos, que su sistema monetario sea elástico porque los bancos pueden hacer uso de la facultad de emitir determinado número de billetes, que en realidad no emiten. No hay billetes en descubierto; hay una cantidad de moneda menor que el oro que la garantiza, y se admite por lo tanto teóricamente que desaparezca la facultad de emitir sin que se mueva un ápice el régimen monetario de ese país.

Y si en lugar de tomar, por ejemplo, Estados Unidos — que es evidentemente un caso no común, porque acaba de reevaluarse el oro — tomamos otros países, en cualquiera publicación financiera conocida, veremos que pasan cosas parecidas. Por ejemplo, en el *Economist* del 5 de Enero, figura Sud Africa con 22.000.000 de libras oro y 12 de billetes. El Banco de Francia, oro 82, billetes circulantes, 83. En fin, sería ocioso seguir toda la lista en la que, sin duda, no están todos los bancos en esas circunstancias, pero demuestra la tendencia y justifica la teoría a que antes me he referido y que tuve la impertinencia de explicar a esos pobres oyentes que creyeron, como dijo el señor senador por Santa Fe, que utilizaban bien su tiempo yendo a escuchar a alguien que les hablaba de estas materias sin que estuvieran ellos obligados a oírla y sin que el profesor o el maestro tuviera el menor provecho en hacerlo.

Lo más esencial en el sistema basado en la existencia de bancos centrales no es ni pensar, pues, la facultad de emitir. La facultad

de emitir nació con los bancos centrales a veces, pero no es de su esencia ni los caracteriza, no es la condición sine qua non para que existan esos organismos.

Por eso, el conferencista de aquel tiempo, creyó que podía decir sin herejía, que si los bancos de emisión no emiten, no parecía que fuera lo más urgente y lo más indispensable modificar el régimen legal argentino para dar a un organismo el derecho de hacer esa emisión, que posiblemente, si las cosas se manejaban bien, no se realizaría; que lo que era urgente — agregué entonces en el mismo pasaje que ha citado ayer el señor senador por Santa Fe, eligiendo 3 ó 4 fragmentos truncos — lo que era urgente, — dije entonces, y después y siempre — era la centralización de las reservas bancarias. Eso sí constituye uno de los elementos primordiales y esenciales de los regímenes de bancos centrales: el que toda la disponibilidad de dinero de la colectividad bancaria, en lugar de estar manejada como soldados aislados, esté manejada como regimientos; que en lugar de poder actuar en la forma ineficaz en que pueden actuar en la batalla los soldados sin cohesión, pueda actuar en la forma eficaz en que pueden hacerlo los regimientos, las compañías o los ejércitos, concentrando los elementos bajo una mano, acudiendo adonde se los necesite, pudiendo expandirse o contraerse según las necesidades del mercado.

Y entonces dije esta otra cosa, que ha merecido algunos calificativos de esos que habitualmente dan ciertas personas, como irrito, como hereje, como inconcebible: el manejo de las reservas centrales de un país, por entidades que actúen en el mercado. Como eso sí, es una idea heterodoxa, no compartida por una parte de los teóricos de estas materias, yo creí entonces conveniente refugiarme tras algunas autoridades y me pareció que ninguna podía ser en esta materia más elocuente que el Banco de Inglaterra, que en publicaciones categóricas había desmentido esas supuestas divisiones entre bancos centrales que actúan en el mercado y bancos centrales que no actúan en él, y que colocaban a Inglaterra en la segunda categoría.

Me refería por eso a datos precisos tomados también de la revista del Midland Bank. Pero parece que consultar esos antecedentes y buscar esos datos es una tarea impropia de una persona seria, es una pedantería... Lo que no es pedantería, lo que es una prueba total de equilibrio, de mesura, de ecuanimidad y de justicia, es hablar sin buscar antecedentes, es improvisar cuatro frases, mientras más detonan-

tes mejor, tratando a la ligera, en cualquier lugar, aunque sea en el Senado del país, los asuntos que a otros preocupan hasta obligarles a estudiar, porque es más cómodo emplear el tiempo apoltronándose en los asientos del club, y vociferar contra los que yerran en el mundo obligados por sus ideas o por el destino que les impone una participación en el manejo de las cosas públicas de su patria.

Pero es evidente que alrededor del concepto de los bancos centrales hay un conjunto de ilusiones infundadas y las ha habido en mayor cantidad. Se los supone una máquina expansionista perfecta, cuyo más alto mérito consiste en poder inundar una plaza, de medio circulante, porque generalmente se concibe la elasticidad, como el hecho de estirar pero no de encoger. Y como esta concepción de la garantía proporcional hiere rápidamente en su imaginación a los que no manejan habitualmente números, el sistema de los bancos con las garantías de dos tercios, con la garantía de un tercio, o con la garantía de un cuarto, les parece maravilloso como elemento inflacionista, como elemento expansionista.

¡Un Banco que recibe 10 de oro y que puede dar 30 billetes, es magnífico! Eso es lo que hace ver todo el que cree que cuanto más moneda haya en el público tanto mejor. Y ¡por qué no la hemos hecho antes, si eso era evidentemente lo que hacía falta: un Banco que pudiera dar 30 en vez de 10, en lugar de hacer como esta cajita de conversión, que daba 10 cuando entraban 10?

Algunas veces hemos explicado también cuánto hay de ilusión en ese sistema, ya que operada la expansión en un determinado momento por ese sistema la restricción resulta mucho más rígida que por el régimen de garantía no proporcional. Las virtudes del mecanismo consisten en que no se aplica. Supóngase que se ha aplicado el sistema que mediante 100 de oro permite una expansión a 300 de billetes; en el momento de la substracción de oro el retiro de una unidad de metal obliga a restringir tres billetes; mientras que con la base de garantía no proporcional, o sea, con el sistema nuestro, la substracción de uno de oro sólo obliga a restringir uno de billetes.

De manera que ese sistema de la garantía proporcional que ilusiona tanto a los que no lo estudian, puede sugerir con facilidad en las personas legas la noción de que el Banco Central es una máquina inflacionista perfecta, sobre todo cuando cunden en la colectividad ideas de inflación, y cuando la práctica de sus

autoridades demuestra que no hay resistencia a esos propósitos; en esa circunstancia, evidentemente, el establecimiento de un Banco Central es un procedimiento peligrosísimo que puede lanzar a un país al empapelamiento total.

Parece que las ilusiones a que acabo de aludir han sido compartidas siempre por el señor senador por Santa Fe; se infiere, de algo que dijo ayer, que el Banco Central ahora no era tan oportuno como hace dos años, porque la contracción del circulante es menor, porque ahora hay plétora de moneda.

Si se reflexiona un poco sobre ese dicho, y por deducción lógica, es necesario convenir que el aserto de que el Banco Central hoy no llena una necesidad tan sentida como en 1931, porque hay menos contracción, porque hay más plétora de circulación, significa, que no se le necesita en el concepto de los que creen que es sólo para ampliarla. Si el Banco Central es para inflar, es evidente que es menos necesario cuando hay menos contracción, cuando hay plétora de moneda, y eso sería en ese caso que ahora pasa si es que los datos que dió el señor senador por Santa Fe son exactos, lo que no sucede.

Si por moneda ha de entenderse exclusivamente los billetes, éstos eran más numerosos a fines del año 1931 que ahora. Eran entonces 1.245.000.000, comparados con 1.184.000.000 ahora. Los billetes en manos del público eran entonces 732.000.000, y ahora son 727.000.000. Se puede decir, sin embargo, y hago la salvedad para que no surja la tentación de efectuar el descubrimiento, que comprendo que a igualdad de cantidad de moneda, habiendo menos transacciones hoy, puede haber una abundancia relativa a pesar de la reducción anotada.

Pero si la real función de un Banco Central no es inflar, si es equivocado el ilusionismo de las personas que no entienden, a que aludí en mis conferencias que han sido citadas ayer — lo que constituye para mí un gran honor, — se concibe perfectamente que el Banco se establezca en momentos de inflación, y que se establezca para ayudar al ordenamiento monetario.

Cité entonces, y parece que con ello cometí irreverencia, la opinión del banquero y escritor inglés Walter Leaf, de quien dije y parece que ha llamado la atención, que era un banquero y un teórico de reconocida importancia. Agregaré hoy, por si el dato interesa, que además de ser un banquero prominente, pues era presidente del Westminster Bank y de ser uno de los teóricos más respetados de Inglaterra, te-

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

nía otra virtud curiosa: de ser un humanista consumado, dedicado a trabajos tan raros como el estudio de la cultura del Iran.

Y Walter Leaf llegó entonces a esta conclusión: que convenía establecer en Inglaterra el sistema de un Banco Central, en el concepto continental de la palabra, con garantía proporcional de la emisión y los depósitos para que el Banco estuviera obligado a restringir la circulación y el crédito, porque dada la existencia de oro que entonces había y la cantidad de billetes y la cantidad de crédito, el Banco Central hubiera obrado como un elemento restrictivo. Obligados los grandes bancos a tener en el Banco Central una garantía dada, suponía Walter Leaf que el Banco Central obraría como un elemento restrictivo; yo me tomé el trabajo de demostrar que si hubiéramos adoptado entonces en la República Argentina igual procedimiento, también la garantía proporcional hubiera traído la restricción monetaria.

Pero pregunté yo en esa conferencia, y ayer también se han citado esas palabras, ¿para qué quieren el Banco Central los que lo propician? Hablaba en 1931. ¿Lo quieren para restringir, como debería restringirse según el concepto de Walter Leaf? Evidentemente no. ¿Lo quieren para obligar al Banco de la Nación a abandonar la política de crédito barato que a veces ha llevado a esa institución a perturbar el mercado monetario argentino en lugar de organizarlo? Evidentemente no. ¿Quiénes son los que propician el Banco? ¿Cómo han procedido? ¿Qué fuerzas se mueven? ¿Qué situación del tesoro existe? ¿Cuáles son las miras del gobierno? Examinado todo eso se llegó a la conclusión de que en ese momento el Banco era propiciado por la fracción de los inflacionistas del país, que es generalmente la que tiene mayoría, y que el establecimiento del Banco no podía obedecer a otro propósito que aumentar considerablemente la circulación y el crédito en uso.

Eso permitió hablar del establecimiento del Banco Central en esa circunstancia, casi como de un seguro organismo inflacionista, cuando el presupuesto nacional había cerrado con un déficit de centenares de millones de pesos, debido a las delicias del régimen anterior a la revolución de Septiembre, y cuando había también en el mundo un concepto que no es posible olvidar y pasar por alto, sobre la situación en que se encontraba el país.

Todos teníamos la impresión, señor presidente, en los comienzos del año 1931, de que la crisis tocaba a su término. Dulce y alentadora ilusión que hemos venido postergando con el

tiempo, pero que en aquel momento, menos aleccionados por una experiencia dolorosa, nos sugestionaba con mucha fuerza. Era opinión común que el bajo nivel alcanzado por las transacciones mundiales, que la caída casi vertical de la producción y los precios, que la disminución en todos los países de las entradas fiscales, que la limitación de los consumos populares a límites que antes parecían inverosímiles, marcaban el punto más profundo del ciclo económico, y que pronto asistiríamos a un despertar de las actividades, capaz de volver el mundo a su quicio.

En esa circunstancia, señor presidente, tuvo la irreverencia de declarar — y lo declararía mil veces en circunstancias parecidas — que la creación de un Banco Central implicaría establecer un organismo peligroso que convenía a toda costa evitar y que podía esperarse volver al régimen de la Caja de Conversión. Pero los acontecimientos en esos tiempos pasaban rápidamente, y para los que no tienen rencor y proceden sin prejuicios, la posibilidad de amoldar sus opiniones y de rever algunas conclusiones se impone con celeridad.

A fines del año 1931 el Gobierno Provisional se embarcó en un esfuerzo financiero y fiscal sin precedentes en la historia de la República Argentina. De su energía, de su decisión y de su coraje surgieron un conjunto de leyes de impuestos que trastornaron el régimen financiero de la República, hasta el extremo de que ha podido decirse el otro día en la Cámara de Diputados de la Nación, que el régimen financiero argentino, cuyos dos puntales habían sido constituidos en tiempos de Rozas, uno y en tiempo de Pellegrini, otro, había sido completado por el gran conjunto de nuevos tributos creados en tiempo de Uriburu.

El Gobierno Provisional se lanzó en un esfuerzo financiero sin precedentes. Los gastos se cortaron con mano de hierro, los impuestos se exigieron al país que, con una disciplina admirable, los satisfizo sin resistencia, aun cuando se trataba en buena parte de medidas que, por la índole de la autoridad que las dictaba, hubieran permitido llevar, acaso con perspectivas de éxito, los asuntos a los tribunales.

Y el mismo Gobierno Provisional, señor presidente, me hizo el honor de consultarme en esas circunstancias sobre el establecimiento de un Banco Central y sobre la posibilidad de realizar un plan que se me presentó ya articulado. Si yo hubiera tenido con respecto de hombres que eran mis adversarios políticos, las prevenciones imborrables que desgraciada-

mente existen a veces en los hombres públicos de la República, hubiera seguido creyendo que un proyecto que venía de esos hombres, de hombres que yo había combatido, de hombres que yo combatía, de hombres con quienes estaba enemistado políticamente, no obstante haber tenido una vieja y afectuosa amistad, tenía que ser malo y pernicioso y no podía promover sino consecuencias desastrosas. Pero para mi bien o para mi mal, si alguna de mis opiniones cambian, cambio más fácilmente todavía el concepto que tengo de los gobernantes cuando los veo proceder de acuerdo a normas que me parecen acertadas; y respecto del presidente y ministros, con referencia a los cuales había dicho palabras tan enérgicas como las que me dictaba mi conciencia, cambié de opinión, me acerqué a examinar sus planes sin prevenciones ni recelos, los encontré bien concebidos, sinceramente inspirados, alentados por propósitos de bien público evidentes. Y me hice un honor y un deber endosando con mi firma la obra a cuyo coronamiento se me invitó a participar.

Desde entonces, señor presidente, presté al propósito de realizar el Banco Central en la República Argentina, el apoyo que suelo prestar en forma apasionada, que generalmente no está reñido con la constancia. Se creaba un Banco para contener locuras, se creaba un Banco para disipar la perspectiva de la implantación de planes fantásticos, todos los cuales iban a dar en derechura al Banco de la Nación o a la Caja de Conversión. Y mi propósito de colaborar a la sanción del Banco se hizo una verdadera ansia cuando conocí, entre otros, los proyectos lucubrados por el señor senador por Santa Fe en aquellos días cuando, en medio de las perspectivas más solemnes, ante la tensión del país, ante el susurro de sus amigos de que algo descomunal iba a aparecer, que por fin resolvería sin titubeos ni vacilaciones los problemas argentinos, cuando en medio de esas circunstancias aparece el plan famoso de los 200 millones de emisión y substracción gratuita del oro para el servicio de la deuda pública!

El señor ministro de Hacienda, doctor Hueyo, mi antecesor, me pidió que me incorporara a la comisión de personas que él reputó entendidas, para que concluyera la redacción de un proyecto de Banco Central y de una ley de bancos. Estaba allí también mi antecesor el doctor Enrique Uribe. Llevamos la obra a término y cuando estuvo preparado lo presentamos al gobierno, quien no creyó oportuno elevarlo a la consideración del Parlamento. Me llamé entonces, como aconsejaba la prudencia, al silen-

cio más absoluto. No concibo que un proyecto de Banco Central pueda ser presentado por un miembro aislado del Congreso con la menor perspectiva de éxito, si no lo apoya decididamente el poder administrador, que ha de llevarlo a cabo. Encarpeté el proyecto de Banco Central y nada hubiera dicho ya sobre él, acaso hasta este momento, si las circunstancias no me hubieran puesto en el trance de tener que hablar en forma improvisada a las tres o cuatro de la mañana en la Cámara de Diputados de la Nación. En esa ocasión, antes de que el señor senador por Santa Fe y de que el diario «La Prensa» descubrieran mis conferencias del Instituto Libre de Enseñanza Superior, me referí a ellas, glosando algunos de sus párrafos, explicando el sentido de mi oposición anterior y el motivo que tenía para apartarme de esa oposición.

Insisto que me permito ocupar la atención del Senado con estas referencias, no porque deba justificar un cambio de opiniones del ministro; ese es un hecho baladí, sin importancia. He rectificado muchos juicios en mi vida y no me costaría decir que me he rectificado una vez más; lo hago porque son asuntos públicos que creo pueden interesar a mi país, que explicarán la posición del gobierno y acaso la posición del Congreso y del país al cambiar el sistema. Tengo alguna esperanza de creer que interpreto sus sentimientos y sus opiniones.

Entre el 26 y 27 de Abril del año 1932, en la Cámara de Diputados, en el Diario de Sesiones, página 907, dije estas palabras:

Yo no hubiera tocado el problema del Banco Central ni tenía por qué tocarlo; no está a la orden del día, ni necesita la Honorable Cámara engolfarse en la dilucidación de ese problema y de su trascendencia. Pero cuando el señor ministro lo ha traído a colación para desbaratar de dos plumadas una idea madurada con seriedad y trabajo, cuando en un minuto ha reducido a la nada la labor de meses, cuando con cuatro frases ha convertido en un propósito descabellado lo que es una medida que puede ser salvadora en los momentos actuales, estoy obligado a decir dos palabras sobre tal proyecto, su significación y su alcance.

No soy de los que creían que el sistema monetario argentino de hace pocos años era malo: lo he defendido, he creído que en esencia los sistemas monetarios de otros países reposaban en sus mismos principios aunque tuvieran una construcción más aparatosa. He creído que el mecanismo automático de la Caja de Conversión era perfectamente compatible con las necesidades argentinas. El año pasado dicté un curso contra el Banco Central cuando se quería su creación con fines emisionistas; pero los mismos motivos que me llevaron a oponerme entonces al Banco Central me determinaron a auspiciarlo cuando todos los males que podía producir estaban producidos por otras medidas del gobierno y cuando el Banco Central podía ser el freno que reme-

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

diara esos males y pusiera al país en condiciones normales.

Revalorización del oro, ha dicho el señor ministro, regalo del Cielo. Ha estado injusto al juzgar y condenar como inflación la llamada revalorización del oro, que no es sino la apreciación del oro en la hora actual a los efectos del balance de apertura.

Sr. Ministro de Hacienda. — La desvalorización del papel más bien.

Sr. Pinedo. — No señor ministro. Es todo opuesto a lo que el señor ministro dice.

Sr. Ministro de Hacienda. — El oro tiene un valor inmutable y lo que hace el señor diputado con ese proyecto es desvalorizar completamente el papel.

Sr. Pinedo. — Creo que el señor ministro habla de este asunto sin haberle dedicado una gran preocupación.

Sr. Ministro de Hacienda. — Le he dedicado mucho tiempo.

Sr. Pinedo. — En momentos en que todos los proyectos que andan por la atmósfera van a la Caja de Conversión, en que la Caja de Conversión está amenazada de extracciones de oro amonedado, de extracciones de billetes por todos los costados, parece imprescindible arrancar el mecanismo monetario de manos del gobierno y ponerlo en manos de los que pueden manejarlo con mayor habilidad y con mayor independencia de las necesidades fiscales.

Como este discurso ha sido citado también ayer parcialmente, por el señor senador Palacios, ha de perdonar el Senado, que continúe la lectura de algunos otros párrafos.

Por eso creía yo en la posibilidad y en la conveniencia de establecer hoy el Banco Central, porque ya no existe ni recuerdo ni resabios de lo que fué el anterior régimen monetario. El régimen monetario argentino se basaba en un mecanismo simple y esquemático. Oro que entraba a la Caja y se convertía en papel a los efectos de la circulación y papel que se llevaba a la Caja a los efectos de retirar oro, cuando la circulación era abundante.

Nada de eso quedó en pie. Una larga inconvención junto con una emisión copiosa de billetes sobre la base de documentos comerciales destinados a permanecer en la Caja, le han quitado todos los atributos esenciales del sistema. Ahora habría esta otra bomba impelente de billetes hacia el mercado: la Caja de amortización que podría llevar, cada vez que el gobierno lo requiera, títulos oficiales para convertirse en billetes. Cuando se puede emitir sobre títulos, cuando se puede emitir sobre letras, se tiene la parte emisora del Banco Central, pero no se tiene la parte absorbente, no se tiene el organismo que puede retirar el dinero del mercado elevando la tasa del descuento, en operaciones del mercado abierto, comprando o vendiendo la tasa del descuento en letras y títulos. Se tiene lo malo, no lo bueno.

En esa circunstancia era imperiosa la necesidad de preparar el saneamiento monetario. El Banco Central, se puede hacer con o sin la revalorización del oro. Pero esta revalorización del oro, que el señor ministro ha calificado como la Cámara lo ha oído, ¿qué es?; significa lo siguiente: si hoy se hace el Banco Central, es necesario pasarle el activo y el pasivo de la Caja de Conversión. El pasivo de la Caja son los billetes en circulación; el activo es el oro que en ella se encuentra, los documentos y los títulos redescatados que allí existen. Si el Banco Central no es de la Nación sino un

organismo autónomo, ¿a qué tipo se le pasa el oro? ¿Cómo se aprecia? ¿Cómo se avalúa en el balance de apertura?

Vean los señores senadores si en lo que se dijo en el año 1932, hay la menor discrepancia con lo que sostiene el mensaje y lo que sostuvo el ministro en la Cámara.

Los dólares — no hablemos de pesos oro que confunden los conceptos — los dólares de la Caja no valen, como es notorio, 103, sino 171. Entonces el balance de apertura se hacía sobre la verdad del momento de 171 pesos como valor. Esa cantidad permitirá, por diferencias de las dos columnas del balance, el nacimiento de un saldo de 350,000,000, si se hace una cosa, o 400 millones si se hace otra.

Pero ese nuevo recurso — se ha sugerido por ciertas personas y hasta por algún político influyente que toma todas las cosas así, en forma superficial.

No necesito decir a quién aludía.

¿No se iba a convertir en billetes inflando la circulación?

¿No hay nada más inexacto! Ese suplemento iba a utilizarse en borrar del activo del Banco, una parte del crédito que tiene contra la Nación. No aumenta ni los billetes ni el crédito en uso; no se produce ninguna alteración en los rubros pasivos, que son los que determinan el poder de compra de la colectividad; era una simple eliminación de una parte del activo, lo mismo que se ha hecho en 17 países, lo mismo que se ha hecho en Francia, cuya reforma monetaria, iniciada por Poincaré, cree el señor ministro, que sigue.

Y viene una relación de lo que se hizo en Francia, de la cual me permitiré leer los siguientes párrafos:

¿Qué se hizo en Francia? En Francia la política de Poincaré se inició con unas leyes fiscales y por una ley por la cual se autoriza al Banco a comprar oro y divisas al valor que tuvieran. El dogma de que la libra esterlina seguía siendo de 25 francos, desapareció. Se permitió al Banco comprar oro a 125, 130, 119, a lo que fuere. Y se inicia esa política, no con el fin de detener la desvalorización, sino de detener la valorización del franco. Se hace del Banco Francés una especie de caja de conversión argentina que impide que el franco suba más.

Recordé, entonces, que cuando se disutió ese asunto en la Cámara francesa, apareció en seguida la cuestión que el ministro de Hacienda, mi precursor, planteó en el debate: «permitir la compra con prima ¿no es consagrar oficialmente la desvalorización de la moneda fiduciaria, y por ahí autorizar implícitamente a los particulares a hacer contratos en francos oro?». Se dijo esto en el debate en la Cámara francesa, pero la objeción no detuvo a los que querían llevarla a cabo, y, como se ha visto por la experiencia, no los detuvo con razón. Y se planteó otra cuestión: ¿cómo se hace figurar el oro adquirido en los balances del Banco? ¿Por el valor de la par nominal o con el valor a que se compra? Y los miembros

informantes contestaron que lógicamente el nuevo oro, las nuevas divisas que se compraran, se podían hacer figurar por el valor que se hubiera pagado por ellas.

Resultó, como consecuencia, que hubo en Francia algo que nosotros hemos querido evitar; dos cotizaciones para piezas de oro absolutamente idénticas; una pieza de un soberano inglés estaba avaluada en los libros del Banco a 25 francos o a 125, según hubiera sido comprada en 1913 o en 1926, lo que era evidentemente una aberración, de la cual nosotros, actuando muchos años después, podemos prescindir. Fué lo que se dijo entonces por mí, sosteniendo el proyecto que no era mío, sino del Gobierno Provisional.

Sostuve entonces, también, que el Banco Central se podía hacer junto con una ley monetaria o separada de ella, y expliqué, por fin, algo en que solamente ha podido insistirse ayer por alguien que no haya visto jamás cómo actúa la revaluación del oro en parte alguna del mundo, y mucho menos un balance de la institución central de crédito, antes y después de la operación. Demostré que no había surgido de la operación realizada en Francia, ni en ninguna otra parte, incremento alguno de la circulación, ni de los depósitos, ni del poder de compra de la colectividad; de esto me ocuparé más adelante.

Entonces, después de esas consideraciones y dando por supuesto que la ley de bancos se dictaba sobre la base del trabajo cuidadosamente practicado por el Gobierno Provisional y por la comisión que asesoró luego a mi antecesor, dije esas palabras, que ayer repitió el señor senador por la Capital, doctor Palacios: «Realizar un Banco Central no es una tarea de romanos, aunque alguien lo suponga; es una cosa sencillísima, que se practica con un par de asientos que, si es necesario, puede realizarse en dos días». Lo necesario para que desaparezca de entrada todo el incremento del poder de compra, que de otra manera existiría si el beneficio de la estimación del oro a su valor de plaza se convirtiera en un crédito del gobierno en los libros del Banco.

Llego, entonces, señor presidente, a poder plantear en este momento la cuestión, casi en los mismos términos en que lo fué en la Cámara de Diputados el año 1932. Si ya tenemos todos los elementos inflacionistas del Banco Central en pleno funcionamiento; si ya sus distintos rodajes emisores o impelentes actúan, ¿puede atacarse la constitución del Banco Central que va a constituir el establecimiento de la

bomba absorbente, con los mismos argumentos, las mismas razones y en virtud de los mismos motivos que tuvieron los que se oponían a que se crearan los elementos inflacionistas del Banco Central? ¿Hay alguna falta de lógica, alguna disparidad de opiniones, alguna evolución pecaminosa de las ideas, en quien afirma que no debe hacerse un Banco Central para dotar al país de un elemento inflacionista, cuando el país vive bajo el régimen de emisiones automáticas, y sostiene luego, que puede y debe hacérselo cuando ya todos los resortes inflacionistas existen, y lo que se trata de crear son los rodajes susceptibles de atraer hacia sí todo el dinero que sobra en el mercado, para manejar la plaza de acuerdo con las necesidades?

Yo no sé, señor presidente, si existe en el reglamento del Senado un artículo que estoy acostumbrado a oír citar en la Cámara de Diputados. Allí se dice que no es posible juzgar intenciones y que la discusión ha de hacerse sobre las consecuencias buenas o malas que tienen los proyectos, partiendo del supuesto de que son puros e inspirados en el deseo del bien público. Pero parece que aquí no debe existir ese precepto reglamentario, cuando ha podido hacerse, por quien manifestaba estar en principio de acuerdo con la idea del Banco Central, por todo argumento, una serie interminable de suposiciones sobre la base de que el ministro tiene intenciones aviesas, que los propósitos que confiesa no deben ser los reales y que ha de moverlo, como resorte, la aspiración a realizar cosas distintas de las que dice. De allí que se haya repetido quince o veinte veces que las intenciones del gobierno no pueden ser las del ordenamiento monetario, que con eso objeto crear un Banco Central por iniciativa de un ministro que antes lo combatió, no puede estar entre las hipótesis verosímiles. Como una vez sacados del carril, los vehículos toman fácilmente caminos por donde no deben ir, el señor senador por la provincia de Santa Fe se lanzó a buscar caminos, y en todos ellos se encontró mal. Anduvo peregrinando, pero en todas las rutas lo hizo con desacierto y sin oportunidad. Una de las que más frecuentó, fué la de las necesidades fiscales, y repetía constantemente: «Esto tiene que obedecer a propósitos fiscales». «¿Quién puede dudar que no obedezca a propósitos fiscales?» «Esto obedece al propósito de eternizar el negocio de los cambios y lanzar sobre la plaza 400.000.000 de títulos de 3 1/2 por ciento.»

Esto se dijo, por supuesto, después de la aseveración reiterada, yo diría contumaz, de que

el gobierno, después de haber hecho una nueva deuda de 1.100.000.000 de pesos, no tiene un centavo en sus cajas y necesita recurrir a otros procedimientos. Se ha probado hasta la saciedad que eso no es exacto; se han dado las informaciones oficiales, pero determinados opositores al gobierno necesitan sostener que este gobierno ha gastado en 3 años 1.100.000.000 de pesos, que han importado el aumento de la deuda pública, y verosíblemente van a seguir repitiéndolo hasta el día del juicio final. No darán tregua.

Sin embargo, se ha dicho con toda exactitud cuáles han sido los datos sobre el aumento de la deuda pública. El señor senador por Santa Fe volvió a repetir ayer: 1.100.000.000 de pesos emitidos y, por supuesto, como siempre trueca los conceptos habla de títulos emitidos y negociados como si fueran términos equivalentes, y sin preocuparse de si los emitidos permanecen en las arcas del gobierno o se negocian para cancelar deudas anteriores del gobierno. Eso no importa, porque es más interesante decir que hay 1.100.000.000 de pesos emitidos; luego, es evidentemente dinero gastado y siendo gastado, hay aumento equivalente de la deuda.

Al hablar de esto, vuelvo a manifestar que el aumento de la deuda pública durante este gobierno es de 222.000.000 de pesos; que la deuda era de 3.438.000.000 el año 1931. Me estoy refiriendo siempre al mes de Diciembre. De 3.500.000.000 el año 1932; de 3.556.000.000 el año 1933; de 3.600.000.000 el año 1934. Esta última cifra es aproximada. Aumentó: 62.000.000 el año 1932; 56.000.000 el año 1933; 104.000.000 más o menos el año 1934; lo que corresponde, señores senadores, a 232.000.000 de obras públicas realizadas, sin contar las obras públicas de vialidad que no se han financiado con la negociación de papeles, sino que se han costado de rentas generales. Y puedo repetir, en nombre del gobierno, que éstos son datos oficiales, de los cuales me responsabilizo. No puede decirse, por lo tanto, que este gobierno haya disminuído un ápice el patrimonio líquido de la Nación, pues si ha aumentado la deuda en millones, le ha dado mayores riquezas, mayores bienes, por 232.000.000 de pesos, y ha acrecentado el patrimonio en 232.000.000 de pesos, más las obras de vialidad.

Y partiendo del supuesto de que el gobierno estaba en el apuro más grande — sobre lo cual se hizo los otros días una demostración espec-

tacular tan aparatosa como falsa —, ha sido necesario encontrar que estos proyectos tienen que tener propósitos fiscales. Los otros días se dijo: — y yo contesté lo que correspondía — quedan en pie tales y cuales cosas que son largas para enumerar, y lo único que quedaba en pie era la ilusión de todas esas afirmaciones antojadizas y deleznales que habían sido barridas por la demostración; una de esas cosas que quedaban en pie era la de que la Tesorería del Estado debía estar muy mal, que ella debía estar muy apurada. Desde luego, señores senadores, la Tesorería de la República no estará bien mientras no se consolide la ingente deuda flotante que el país tiene, y confieso que sólo cuando todo eso desaparezca se podrá decir que la Tesorería estará al día. Y aun cuando el presupuesto tenga un superávit de 50 ó 60.000.000, durante 2 ó 3 años, la Tesorería, estará siempre apurada, lo cual no es por lo tanto una demostración de que hay déficit. No es un hecho concomitante, ni que tan siquiera corra unido a aquél por cuerda floja, como decimos los curiales; correrá por cuerda separada, porque no tiene relación con la materia.

Sin embargo, la afirmación se hizo; estos proyectos, se dijo, deben obedecer a propósitos fiscales y el gobierno se siente obligado a recurrir a ellos por su falta de recursos. Y el ministro ha inmolado sus teorías ante la perspectiva de endeudar al país con los 400.000.000 de pesos famosos, de bonos del tesoro, se agregó, como si no se hubiera demostrado en todas las explicaciones hechas, empezando por el mensaje, que los 400.000.000 famosos, a los que el señor senador se refería ayer, no son nuevos préstamos que podría realizar el gobierno; que lo que se hace es bautizar con el nombre de bonos a lo que hasta hoy se llaman letras de tesorería, que están en manos de los bancos y que el gobierno no obtendrá un solo centavo para sus áreas, porque a esas letras se las bautice con el nombre de bonos.

Yo no puedo averiguar, señor presidente, como otros averiguan, las intenciones ocultas de mis proyectos, cuáles son las intenciones ocultas de tantas inexactitudes, de tantas afirmaciones antojadizas, de tantos argumentos deleznales, que parece mentira que puedan articularse después de pontificar en la cátedra por tantos años.

Es actitud curiosa la del señor senador, que en principio está de acuerdo con la idea del Banco Central y del Instituto Movilizador; del

estudio de esos proyectos, no han surgido en el espíritu del senador impugnante, sino, como él dijo, algunos interrogantes que no se han contestado, y que luego se concretan en algunos detalles, como la Cámara verá. Y, sin embargo, aunque dice que se haría violencia de votar en contra, parece que va a votar en contra del proyecto y luego no va a intervenir en la discusión en particular, porque eso se deja para los pobres mortales, para esta categoría de senadores como son los distinguidos oyentes actuales y el ministro que habla, que tienen estas costumbres pedestres de ocuparse del detalle de las leyes y de discutir sus cláusulas accesorias. Para los grandes espíritus, las grandes extensiones, en la región serena de los principios, los proyectos en su concepción más general o etérea. Para los hombres vulgares el teje y maneje de las redacciones y enmiendas en particular.

Si nosotros nos esforzáramos, sin embargo, en dar forma legislativa a las observaciones que se han formulado, veríamos qué poco grano queda del montón informe de hojarasca y paja que ayer se tiró por los ojos de los legisladores argentinos y que hoy se ha regalado al país, con encomiable exactitud.

La consideración más substanciosa que he encontrado en la exposición del señor senador por Santa Fe, es la de que estos proyectos están inspirados por el propósito dictatorial del ministro de Hacienda, que quiere atribuirse la hegemonía en el país y la suma de los poderes públicos. A eso responden una serie de observaciones, o de frases, mejor dicho, que pronunció con motivo de las autoridades del Banco y del manejo del mismo. ¿Quién puede creer que este Banco va a ser desoficializado? se ha dicho ayer. El mensaje lo dice, se leyó in extenso los pasajes pertinentes. ¿Cómo ganaría el gobierno si no lo hubiera dicho?, se expresó. Ganaría en seriedad, porque no es serio que el gobierno diga ésto para engañar a la opinión, para sugerirle la posibilidad de dormir tranquila, y luego le sirva como plato este conjunto de disposiciones que confieren la suma del poder público al ministro de Hacienda!

El Banco, se dijo ayer, está dirigido en forma omnímoda por el presidente y el presidente nombrado en forma dictatorial por el Poder Ejecutivo. No hay frenos ni cortapisas. Sin razón atendible ni valedera, simplemente por consideraciones especiosas, — fué el término —, se ha podido decidir que el primer presidente del Banco sea nombrado por el gobierno. No digamos la falta de razón absoluta que existe

para haber dado a este Banco por única autoridad el presidente. ¡No hay directorio!, se dice; ¡el directorio es un fantasma; es una creación artificiosa; es una hoja de parra que se necesita para cubrir las partes púdicas que tiene esta ley! Creo que con respecto a esto se empleó la frase.

Si lo examináramos un poco de cerca, si bajáramos del Olimpo, si razonáramos sin ira, con la tranquilidad que cuadra al que examina un asunto tan prosaico, ¡con qué cosas tan originales nos encontraríamos!

Se dijo: el presidente del Banco lo nombra el gobierno; eso tiene que obedecer al espíritu diabólico del actual ministro de Hacienda, tan propenso a atribuirse la dictadura. ¿Pero se imaginan los señores senadores que también tenía la misma manía dictatorial, el mismo afán de predominio absoluto mi antecesor, y que el señor Niemeyer tenía también la intención aviesa de conferir al ministro de Hacienda argentino el derecho de nombrar el presidente sólo con fines de dictadura? Sin embargo, el proyecto del señor Niemeyer confiere también al gobierno nacional el nombramiento del primer presidente del Banco y del primer directorio.

Es inexacta, entonces, la afirmación de que nos hemos apartado de Niemeyer. El artículo 1º del proyecto de Niemeyer, dice así: «El Poder Ejecutivo nombrará el primer presidente, vicepresidente y demás miembros del primer directorio del Banco Central de Reserva, dentro de las personas propuestas por la Comisión organizadora — que preside el ministro — y que reúnan las condiciones fijadas en los artículos tales.»

Pero, más interesante que lo del presidente es lo del directorio. No hay tal directorio, se dijo. ¿Por qué no se lo ha llamado por su nombre: «Junta de Vigilancia», que es el verdadero término, pues, en realidad, es una simple junta de vigilancia? «Intencionalmente se ha cambiado el proyecto de Niemeyer» — agregaba el señor senador por Santa Fe — pues donde decía superintendencia han puesto ahora que el directorio ejercerá la vigilancia de las operaciones del Banco, en lugar de la superintendencia de las operaciones del Banco. Pero el hecho es éste: este proyecto es igual al de Niemeyer, bien traducido. El señor senador por Santa Fe no ha tenido la prolijidad de examinar el texto inglés, sino una mala traducción castellana que se hizo en 24 horas y en la cual la palabra «superviser», que literalmente quiere decir vigilancia, fué reemplazada por la palabra «superintendencia».

El texto argentino se ha tomado literalmente del texto inglés preparado por Niemeyer, quien a su vez lo ha tomado, en este punto particular, del texto preparado por la Liga de las Naciones para el Banco Central de Grecia.

Pero, se dice, el directorio no hace nada: el presidente tiene mandato tácito del directorio y actúa contra el directorio o sin que el directorio sepa nada. Nada más inexacto que esta afirmación.

Se agrega: El directorio no puede hacer nada, todas las operaciones importantes están conferidas al presidente. Nada más inexacto.

Es abrumadora, señor presidente, para la paciencia de los señores senadores, la lectura de textos tan áridos como los que se refieren al directorio, pero debo hacer la lectura de los preceptos que voy a citar, para que se vea quién dice la verdad.

Desde luego, el artículo pertinente dice: «El directorio ejercerá la vigilancia de las operaciones del Banco, y sus atribuciones y deberes serán principalmente las siguientes:

- Inciso a) Intervenir en la reglamentación y administración del Banco, aprobar el presupuesto anual de sueldos y gastos y nombrar, promover y separar de su puesto a los empleados;
- b) Establecer y clausurar sucursales y agencias;
- c) Nombrar corresponsales en el país y en el extranjero, reglamentando sus relaciones con el Banco;
- d) Fijar las condiciones generales y los límites de las distintas operaciones autorizadas por esta ley;
- e) Fijar tasas de redescuento e interés;
- f) Adquirir los inmuebles necesarios para las operaciones del Banco y, enajenar los inmuebles adquiridos, de acuerdo con el artículo 34, inciso h);
- g) Revisar periódicamente, por lo menos una vez cada seis meses, todos los redescuentos y adelantos;
- h) Aprobar las renovaciones y substituciones de letras de cambio y pagarés de acuerdo con el artículo 34, inciso i);
- i) Resolver sobre la transferencia o caución de acciones del Banco de acuerdo con los artículos 4º y 8º;
- j) Nombrar la Comisión Consultiva cuando lo solicitase el presidente;
- k) Nombrar la o las comisiones de Redescuento;

- l) Redactar la memoria anual y presentar el balance y cuenta de ganancias y pérdidas a la asamblea de bancos accionistas.

La reglamentación de un Banco es esencial para toda persona que sabe cómo éste funciona. Si se hubiera tomado el trabajo de verificar en qué se convierte cada texto que vota el Parlamento americano al pasar por el «Board» y por el «Advisory Council», que tiene la Reserva Federal americana, se hubiese visto cómo quedan en seguida estampadas en reglamentaciones precisas, las disposiciones contenidas en las leyes, y eso es lo que permite al Banco manejarse. Esos manejos los hace el directorio, pero aquí parece que el directorio no tiene ninguna atribución.

Sigamos a otros artículos. Artículo 21: «La asamblea ordinaria de bancos accionistas que será convocada por el directorio una vez cada año, se efectuará dentro de los tres primeros meses del ejercicio financiero.» Artículo 22: «Las asambleas extraordinarias se convocarán con dos semanas de anticipación, por lo menos, cuando el directorio lo estime convenientes.» Artículo 25: «El directorio nombrará una comisión de redescuento para la casa central y, en caso necesario, para cualquiera sucursal del Banco, encargada de examinar todos los documentos presentados para su redescuento, adquisición o a título de garantía de adelantos. El número de personas que formará cada comisión será fijado por el directorio.» Artículo 27: «El cargo de miembro de las comisiones de redescuento será honorario, pero el directorio podrá autorizar el reembolso de los gastos incurridos por dichos miembros en el desempeño de sus funciones.» El artículo 29: «El directorio del Banco determinará el número para formar quórum de la Comisión de Redescuento.» Artículo 31: «El Banco no estará obligado a descontar letras o aceptar valores aprobados por la Comisión de Redescuento. Las letras u otros valores que hubiesen sido rechazados por la Comisión de Redescuento, podrán ser aceptados por el Banco, siempre que sean aprobados por el directorio, por mayoría de las tres cuartas partes de los miembros presentes en la sesión.»

Este artículo, señores senadores, consagra la distinción que conocen los entendidos en esta materia: el papel elegible y el papel aceptable; determinada clase de papel es elegible, el Banco tiene derecho a elegirlo, pero no tiene la obligación de aceptarlo. La aceptación resulta de actos de su directorio, fundado en dictamen

de la Comisión de Redescuento. Cuando la Comisión de Redescuento opina de distinta manera, el Banco sólo puede obrar exigiéndose una mayoría determinada de los miembros de su directorio.

Ha dicho el señor senador por Santa Fe, que todas las funciones más importantes las llena el presidente. Nada de eso. El artículo 32 autoriza al Banco a redescantar a los bancos accionistas y a los bancos que no lo fueran, en las condiciones establecidas por el directorio, documentos provenientes de operaciones comerciales que representen un movimiento real de transacciones, productos agrícolas, etcétera. Es el directorio, pues, el que fija las condiciones del redescuento que es una de las operaciones fundamentales.

Las operaciones que hace el Banco, aun las que figuran en el inciso a), emitir billetes, se hace a cambio de oro o se hace en operaciones de redescuento que requiere la autorización del directorio. Y en general, señores senadores, todo el manejo del Banco está en manos del directorio, pues el presidente actúa en su nombre y si el directorio le da instrucciones distintas, el presidente no puede hacer sino lo que el directorio dispone. Ese directorio, es el rodaje que ayer vimos desaparecer por obra del malabarismo, para sentar esta tesis: el presidente de la República y su ministro de Hacienda se han hecho un Banco central de bolsillo, lo van a manejar como quieren. Se ha engañado al país en forma estrepitosa, haciéndole entrever que iba a tener un Banco más o menos independiente.

El señor senador por Santa Fe, declaró que había tenido tiempo escaso para estudiar tres proyectos y leer los otros dos. Lo curioso es que lo que no tuvo tiempo para estudiar es un proyecto de tres o cuatro artículos que modifica la carta orgánica de los bancos oficiales y uno muy corto, sobre la ley de bancos. Pero si no tuvo tiempo para todo eso, lo tuvo para auscultar la opinión del país y saber que ella quería que cuando el Banco Central surgiera, tuviese un conjunto dado de atribuciones que lo hiciera independiente del poder público; dijo luego que, por supuesto, nosotros habíamos contrariado esa aspiración popular, como contrariamos todas, porque tenemos la intención aviesa de perpetuarnos, aunque más no sea en el cómodo puesto de directores o vocales del Instituto Movilizador, donde las personas que nosotros pongamos, que serán seguramente los naufragos de la catástrofe, podrían quedar por veinte años.

Por supuesto que es una manifestación tan incongruente como todo lo que dice de los pro-

yectos, como todas las demás que hasta ahora he examinado. No tienen un ápice de fundamento. Se sabe perfectamente cuando va a terminar ese directorio, que tiene que terminar en dos o tres años, aunque la liquidación dure 20 años. La Comisión de Hacienda ha puntualizado perfectamente el asunto, tomando las ideas de los proyectos. Pero, se seguirá afirmando — porque es bonito — que el gobierno nacional, sintiéndose ya desahuciado por la opinión, busca un refugio para los más comprometidos o para los más incapaces de vivir en otra forma.

Sería de alarmar, si no estuviéramos muy acostumbrados a ver vaticinar nuestra ruina segura, si ello no proviniera del mismo senador que el día que empezaba el escrutinio de la última elección presidencial, afirmaba con su énfasis habitual: «Que este gobierno, sin el fraude de Buenos Aires está tambaleante y con el fraude está muerto.» Es la afirmación de siempre: el palabrerío insubstancial y ditirámico que se acostumbra a emplear sin tener un ápice de consistencia.

Pero ese directorio que nombra el Poder Ejecutivo, — como lo nombra por el proyecto de Niemeyer —, se renueva; y se renueva el primer año, el segundo año y el tercer año. Y al segundo año ya dos tercios del directorio no son elegidos por el Poder Ejecutivo, sino elegidos de acuerdo con disposiciones estatutarias, lo que no impide decir, señores senadores, que el gobierno se reserva íntegramente el manejo de este organismo por siete años.

Deben ser muy graves los motivos que se han invocado para augurar el fracaso del Banco, cuando el señor senador por Santa Fe, no obstante su tradición favorable a la constitución de este organismo, cree que no hay más remedio que estar en contra. El gobierno, que conoce lo que había redactado, que sabe que esas observaciones son deleznales, inexistentes, fruto de la fantasía, ha tenido que proceder en otra forma, considerar el asunto en su conjunto y plantearse el problema de si conviene establecerlo o si se puede volver a lo que existía.

¿Puede volverse atrás? Con el sistema monetario y bancario, tal cual lo han organizado los hechos, ¿cabe la suposición de que pueda volverse al régimen de la Caja de Conversión? La pregunta es totalmente pertinente, pero no tiene contestación afirmativa. Ya no tenemos sino la elección entre el sistema de elementos disasociados que existen en la actualidad y el del Banco Central, pero no el del Banco Central y el régimen de la Caja de Conversión, que tantos de nosotros elogiábamos cuando lo veíamos funcionar.

¿Puede volverse atrás? ¿Es posible esperar una deflación total, la desaparición de billetes emitidos en virtud de la ley de redescuento, la absorción de los billetes emitidos contra los títulos del Empréstito Patriótico? ¿Puede esperarse que todo esto suceda sin provocar trastornos en los precios, para volver, después de esa penosa peregrinación, a tener el sistema que entonces teníamos, para retomar la marcha y partiendo de la base de una Caja de Conversión, por un lado, de un Banco de la Nación, por otro, rehacer con laboriosas gestiones todo el proceso de coordinación bancaria y monetaria que hoy está en nuestras manos realizar por la creación de este instituto emisor? ¿No es más fácil hoy — y no es tarea de gobierno elegir el camino más sencillo — si se quiere dar base segura a nuestra moneda y si se quiere dar un manejo responsable a nuestro sistema de crédito, crear el organismo cuya articulación está hecha sobre bases ortodoxas, meditadas y serias, que postergar los proyectos, porque a algún señor senador se le ocurra que todo esto podría estar muy bien, pero que no debe estarlo, porque hay el propósito avieso de dar al ministro de Hacienda la dictadura en el país?

Si hubiera consideraciones de fondo, yo me explicaría la postergación del asunto. Pero por las que se han dado, porque no está conforme el señor Gondra o no haya llegado a estudiarlo el señor Baiocco, me parece que los motivos son poca cosa. Deploraremos no contar con la consagración de esas dos ilustres personalidades; pero no me parece que el Senado de la Nación pueda detenerse en su labor, esperando que ellos se dignen ilustrarse para informar luego a nuestro distinguido amigo el señor senador por la Capital, que afirma no tener predilección muy grande por estos asuntos y que, si esas son las circunstancias, no los abarcará rápidamente.

Sería extraordinario que estos asuntos, que cuestan años de trabajo, los pudieran estudiar algunos en diez o quince días. No valdría la pena la diversificación del trabajo, porque tendríamos médicos, abogados, ingenieros en un cuarto de hora; y no es posible que quien no ha dedicado a estas cuestiones sino la atención de «amateur», las pueda dominar en tan poco tiempo.

Si se prescinde de toda consideración sobre la política monetaria que corresponde seguir, sobre lo que habré de ocuparme más tarde, y se considera sólo el aspecto formal del asunto, a mi juicio, no admite duda la conveniencia de ir cuanto antes a la organización del Banco Cen-

tral y reunir en este organismo coordinado y orgánico lo que existe disperso. Tendremos así un manejo ordenado de un instituto de crédito, en lugar de un sistema bancario desarticulado, y el organismo sería la obra de los bancos mismos. Los bancos tendrán lo que a todos ellos les importa tener: una fuente de recursos a la cual se pueden acercar sin sonrojos, porque es una fuente propia, una entidad centralizadora de las reservas argentinas, surgida de la solidaridad bancaria argentina. Hoy, si alguno se encontrara en apuros, podrían encontrarse muchos, y la solidaridad bancaria que hoy ata a cada establecimiento a la suerte de su vecino, les indica la conveniencia de organizar en conjunto la entidad de reserva que a todos pueda preservar de momentos amargos. No por simpatía para las actuales autoridades — aunque la tengan — porque no obran por simpatía sino por el conocimiento de sus intereses permanentes, los bancos de la plaza se han manifestado con rara uniformidad a favor de los proyectos presentados.

He tenido el honor de tener en mi despacho a los representantes de todos los bancos que actúan en la Capital y los he tenido divididos en dos categorías, para que no se supusiera que aquellos sobre los cuales pueda haber relativa presión del gobierno, dictan la ley o imponen su criterio a los demás. He llamado a una reunión a los principales representantes de los bancos extranjeros, asistiendo a esa misma asamblea dos o tres fuertes bancos nacionales que por su historia, están libres de toda sospecha de presión extraña, y he oído de todos ellos las mismas manifestaciones que me han traído los representantes de los otros bancos.

En definitiva, todo el sistema bancario nacional es partidario de la organización de este establecimiento, que creará para los institutos de crédito argentino, las posibilidades de vivir tranquilos, aun cuando algunos de sus congéneres, por mala situación, por malos negocios o por un cúmulo de calamidades que en el transcurso de los años pueden sobrevenir tengan que pasar por trances difíciles.

La creación de un Banco Central plantea en el acto el problema de su dirección y ello coloca al ministro en la situación de poder ser siempre criticado, porque como cabe toda la gama de soluciones, desde la omnipotencia del Estado hasta la impotencia del Estado, en cualquier parte en que se fije el criterio oficial, siempre puede encontrarse entre los fuegos cruzados de los que creen que el Estado debe tener más ingerencia en el asunto y de los que

creen que debe tener menos. No es raro que ayer haya estado entre los fuegos cruzados de mi amigo, el señor senador por Mendoza, que como representante de la comisión, ha pedido que se le dé al gobierno nacional mayores atribuciones y que se le quite algunas al Banco Central, y el señor senador por Santa Fe, que ha pedido lo contrario.

Pero el hecho es que este ministro megalómano, que no encuentra suficientes sus atribuciones en ningún caso, ha presentado al Congreso un proyecto que le da menos atribuciones que las que la comisión de senadores que lo ha despachado supone que debe tener el poder público.

El ministro quería más independencia del Banco que la que considera justa la comisión. Esta quiere la independencia del Banco, pero quiere reservar para el Estado argentino la potestad legislativa de alterar algunas condiciones esenciales. El ministro no ha creído que eso fuera necesario, y ha creído, por el contrario, que era una garantía de buen manejo de los intereses argentinos el que algunos aspectos del problema monetario estén fuera del alcance del Poder Legislativo por un tiempo.

Ayer he sido gratamente sorprendido por un artículo, a mi modo de ver excelente, — tan excelente como el de hoy —, del diario «La Nación», que puntualizaba, combatiendo la tesis del señor senador por Mendoza, la necesidad de dejar fuera de la esfera gubernamental 2 ó 3 puntos más, que en la discusión en particular podría acaso tocarse. Y este ministro absorbente ha querido que el Banco tenga independencia, confiriendo la autoridad dentro del Banco a hombres surgidos de otra fuente que la oficial. Los bancos tienen una relativa mayoría, un relativo predominio en el manejo de la entidad. Los bancos de todos los matices, de todos los colores, de todos los sistemas que actúan en el país.

Pero nunca puede estar uno al abrigo de sorpresas increíbles. Los otros días, en el diario «La Vanguardia», encontré un artículo que se titulaba: «¿Es una factoría?». La factoría consistía en que en el manejo del Banco Central tienen representación los bancos extranjeros.

Yo declaro, señor presidente, que miré de nuevo si era «Bandera Argentina» o «La Vanguardia» la que decía eso... pero era «La Vanguardia», (risas) órgano de un partido que tiene 30 ó 40 diputados de origen extranjero que pueden declarar la guerra en nombre de la Nación. (Risitas). Creen que no es compatible con la dignidad argentina el que los represen-

tantes de los bancos extranjeros intervengan en el manejo del Banco Central.

Y uno vive de asombro en asombro, porque, ¿cuáles son los bancos extranjeros aquí? Son las poderosas organizaciones que van a aportar una gran parte del capital, que van a dar una gran parte de las reservas, que constituyen instituciones de que el país se enorgullece. ¿Pueden ser tildados de extranjeros y se les va a privar de intervención en el manejo del Banco Central?

Pero hay esta otra cosa singular. Si no hubiéramos dividido los bancos en categorías, si los hubiéramos considerado a todos en montón como bancos y a todos los hubiéramos dejado elegir su representación, estos bancos hubieran impuesto siempre las soluciones y la mayor parte de los directores serían provenientes de esos bancos. De manera que la medida que tomó el gobierno fué para asegurar a los bancos argentinos una representación en el directorio, impidiendo que la representación bancaria fuera absorbida por los bancos extranjeros y para que tuvieran representación otros intereses. Y con respecto de los bancos extranjeros se puso una disposición, que dos entidades, por las cuales siento la más viva simpatía, consideraron, en cierta manera, desfavorable. Los señores senadores habrán visto que se permite la reelección de todos los directores, menos la de los que representan a los bancos extranjeros y que deben ser de distintos bancos para que no se establezca, por el juego de una mayoría fácil que pueden lograr dos o tres entidades de un origen que todos conocemos, una influencia excluyente en el establecimiento.

Sin embargo, hemos visto que el gobierno, descuidando los más sagrados intereses argentinos, había convertido al país en una factoría, porque había organizado la elección de los directores en esa forma! (Risitas).

3

SESION SECRETA

Sr. Presidente. — ¿Me permite el señor ministro? El Senado ha decidido celebrar sesión secreta, suspendiendo la consideración de este asunto, una vez que se hubiera expedido la comisión respectiva sobre el acuerdo solicitado por el Poder Ejecutivo; y, consultando las propias fuerzas físicas del señor ministro, le invito a interrumpir su exposición para celebrar esa sesión secreta, con lo que le permitirá

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

al Senado cumplir su función constitucional, y, al propio tiempo, logrará el señor ministro un breve descanso.

Sr. Ministro de Hacienda. — Por mi parte, señor presidente, muy agradecido.

Sr. Presidente. — Invito al Senado a pasar a cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo la hora 18 y 20 minutos.

4

BANCOS Y MONEDA

—Siendo la hora 18 y 35 minutos dice el:

Sr. Presidente. — Continúa la sesión y con la palabra, el señor ministro.

Sr. Ministro de Hacienda. — Había terminado, señor presidente, de referirme al manejo del Banco que se proyectaba y corresponde ahora examinar una cuestión más de fondo, que es el lineamiento de la política que se traza al instituto a formarse, cuál va a ser su conducta con respecto a la moneda y al crédito. Del examen que se haga de los proyectos no puede sacarse sino una conclusión que, por otra parte, ayer trajo el propio senador Palacios, refiriéndose a la opinión de una de las autoridades a quienes él consultó. El proyecto es rigurosamente ortodoxo. Lo es en cuanto a la facultad que atribuye al Banco, en cuanto a su objeto, en cuanto a las operaciones permitidas y a las operaciones prohibidas, y en cuanto a sus relaciones financieras con el gobierno.

En cuanto al objeto, se ocupa de la moneda, del crédito, del sistema bancario, declarando que es propósito del Banco cuidarlos, y que su misión consiste en concentrar reservas suficientes para moderar las consecuencias de la fluctuación en las exportaciones y la inversión de capitales extranjeros, sobre la moneda, el crédito y las actividades comerciales a fin de mantener el valor de la moneda; regular la cantidad de crédito y de los medios de pago, adaptándolos al volumen real de los negocios; promover la liquidez y el buen funcionamiento del crédito bancario y aplicar las disposiciones de inspección, verificando el cumplimiento del régimen de los bancos establecidas en la ley de bancos; actuar como agente financiero y consejero del gobierno en las operacio-

nes de crédito externo o interno y en la emisión y atención de los empréstitos públicos.

Como se ve, no se le atribuyen funciones distintas de las específicamente confiadas a entidades de esta naturaleza. Las operaciones por las cuales puede realizar su política son las habituales de redescuento, no hace operaciones de descuento directo, en lo que se diferencia hoy de la Reserva Federal Americana, que ha sido autorizada por una legislación reciente a tener relaciones con el público, actuando directamente, haciendo operaciones que no vengan por intermedio de bancos. Los adelantos que pueden hacerse a los bancos, están limitados, y se establece en qué condiciones y con qué requisitos podrán realizarse, y en materia de depósitos se fija también el principio ortodoxo de que ha de recibirlos sin interés. Sin embargo, ayer se ha indicado como una aberración propia del espíritu con que este Banco nace, el que se permita descontar papel con una sola firma, además de la firma del Banco. No hay tal aberración. Todo el que lea las leyes monetarias modernas y las exposiciones de los teóricos modernos, en lugar de traer al Senado las reminiscencias de viejos principios que hace ya rato que están encarpados, sabrá que se puede sin peligro operar con una firma sola, y que es imprescindible autorizarlas, si se quiere que haya alguna clase de papel elegible.

Durante mucho tiempo se sostuvo que la existencia de papel redescontable era ilimitada, y por eso se atribuyó importancia más trascendental a otros requisitos exigidos para la garantía de la emisión de billetes. Una de las herejías que yo he cometido, también, consistió en creer, como algunos pocos, que cuando no se está en un proceso creciente de inflación, el papel redescontable suele ser bastante escaso en determinados momentos, hasta el punto de hacer insuficiente su cantidad para proporcionar al país la moneda que necesita. Parecía siempre una afirmación antojadiza, no confirmada por los hechos hasta que la experiencia contemporánea, sobre todo en Estados Unidos y aquí, lo ha probado hasta la evidencia.

Cuando se dictó la ley Glass-Steagall, que permitió computar entre las reservas los títulos nacionales, había en la parte de la opinión informada únicamente por lecturas de diarios, todos los equívocos habituales en los que beben en fuentes tan poco informativas de materias de fondo.

Se creyó que lo que quería hacer el Estado americano era una emisión sobre papeles que

crearía ad libitum con fines inflacionistas. No se advirtió todo lo que había en la reforma debido a las peculiaridades del sistema americano.

Allí existe, como es sabido, no un Banco, sino un conjunto de bancos, y se requieren determinadas garantías, no sólo para los billetes que el Banco de la Reserva pone en manos del público, sino para los billetes que reciben los bancos federales «Controller of the Currency». Puede suceder entonces, que el Banco de la Reserva se encuentre con que la inexistencia del papel haga necesario garantizar los billetes con más oro que la proporción establecida por la ley. La ley se hizo para permitir que la existencia de papel elegible en manos del Banco no obligara a esas entidades a garantizar con más oro que la proporción establecida por la ley, a los papeles que salen del «Controller of the Currency» sean o no puestos en el mercado. No me quiero referir a esa ley sino para confirmar los hechos que por otra parte habían sido previstos por algún escritor, especialmente por Edie, cuyas opiniones he tenido el gusto de citar en la otra Cámara. Que no hay siempre a elección del Banco Central papel suficiente para poner en el país la moneda que el país necesita y que por lo tanto el país puede verse en el caso de completar el vacío con oro si las disposiciones legales sobre papel elegible son un tanto restrictivas.

El papel a una firma, además de la firma del Banco, aceptado por los bancos centrales, obedece en algunas partes a esa deficiencia y se ha incorporado a las leyes, lo que no quiere decir que ese papel sea forzosamente de menor valor que otro. Se concibe perfectamente que por las costumbres de un país, que por los hábitos de sus comerciantes, el papel a dos firmas sea casi desconocido; que sea excepcional, el papel a dos firmas porque no existe la costumbre europea de girar contra el comprador y que éste devuelva aceptado el papel.

El gobierno desearía aclimatar el papel con dos firmas. Hasta puede adelantar que tiene hecho un proyecto que no fué presentado porque se le hubiera dado el carácter de nueva exigencia fiscal, por el estampillado que allí se establece. Pero el propósito del gobierno, que caerá como una bendición sobre el comercio honesto, es crear el papel con dos firmas, que será un elemento eximio para el funcionamiento del Banco. Mientras ese papel sea una excepción, el Banco debe ser autorizado a actuar con papel de una sola firma, si no quiere reducir el redescuento a cantidades insig-

nificantes, aun cuando puede no convenir que eso pase.

Los artículos que se refieren a las operaciones prohibidas son los comunes; operación con el gobierno, con los gobiernos de las provincias, las inmovilizaciones, los negocios de acciones. En materia de operaciones con el gobierno ayer se hizo también una manifestación sensacional. El gobierno, ya hemos visto, según el senador que ha atacado este despacho, persigue fines fiscales, y para eso ha modificado cuando le convino el proyecto de Niemeyer y ha establecido que se puede prestar a bancos, no al gobierno, con la garantía de títulos del gobierno hasta el 80 % de su valor en la Bolsa, cuando el proyecto Niemeyer decía hasta 60 % del valor en Bolsa; se puede además prestar por el monto del capital y las reservas en lugar de capital. El señor senador expresó que esto se apartaba solamente en el proyecto Niemeyer para crear clientela a los títulos del gobierno. Es lo que se ha sugerido, y la Cámara va a apreciar el fundamento de esa apreciación que corre pareja con las otras que he examinado hasta ahora. El capital del Banco es de 30.000.000; a 60 % permite colocar 18.000.000 de pesos en préstamos a bancos con garantía de esos títulos; a 80 % la cantidad asciende a 24.000.000; de manera que esa fraseología que ayer escuchamos sobre el gobierno, que había alterado el sistema elaborado por el perito británico, con el propósito de crearle a la plaza una clientela segura para sus títulos, queda reducida a la nada. ¿En qué se aumentaría la capacidad de absorción de totales del Banco Central? En 6.000.000 de pesos. ¡Fantástica suma!, como se ve.

Y lo extraordinario es que no es así tampoco, porque esas operaciones de préstamos a bancos que se hagan con garantía de títulos del gobierno se computan entre las inversiones en títulos públicos y préstamos directos del gobierno. De manera que mientras más crezca la proporción que se atribuye a los bancos, más decrece la proporción de los préstamos directos al gobierno o de títulos que puedan adquirirse al gobierno. Por ambos conceptos no puede prestarse más allá del capital y las reservas.

De manera que lo que haría el gobierno con ese procedimiento que se ha indicado, es cerrarse el camino de los préstamos y de las compras de títulos por el Banco Central, en lugar de estar ampliando la clientela para operaciones de crédito oficial, como ayer se ha sugerido.

El capital y las reservas, eso es otra innovación, se dice. Pero las reservas, después de cier-

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

to límite, se hacen a costa de las ganancias, que si no constituyen reservas, son para el gobierno, de manera que pasaría esta cosa singular: sin ampliarse las reservas para ampliar los préstamos a los bancos con garantía de títulos, ese dinero le vendría al gobierno como ganancia, y el gobierno se empeña en que crezcan las reservas para disfrutar de ellas en forma de préstamos, cuando tiene pleno derecho a recibir directamente una parte de las ganancias con las que se forman esas reservas.

Estas son afirmaciones que demuestran que esta es una ley que ha sido estudiada con singular prevención, que al analizarla no ha habido la intención de encontrar cosas buenas, sino el pre-concepto de que estaba plagada de errores; y es fácil, cuando la presunción es que todo está mal, dejarse arrastrar por la presunción misma.

Para las operaciones del Banco Central, que he indicado, absolutamente ortodoxas, el Banco puede emitir billetes. Sólo lo puede hacer para esas operaciones y para compra de oro, y lo hace con las limitaciones y requisitos habituales, con la garantía proporcional. Y sobre este punto el señor senador por la Capital, doctor Palacios, dijo ayer algunas cosas que me ha de permitir que observe en su detalle.

El proyecto fija el 25 % de garantía. Estamos a la moda, hemos adoptado el guarismo indicado por la Delegación del Oro de la Liga de las Naciones y el adoptado por todos los bancos centrales hechos en los últimos tiempos. ¡Ah! Pero desaparece el impuesto, el freno automático que se establecía sobre la parte de billetes lanzados a la circulación cuando el encaje bajaba de tanto; disposición que parece ser hecha para que se entusiasmen los que nunca ven la realidad y a la que le han atribuido una transcendencia que no tuvo el día que nació y que menos ha tenido, por supuesto, en el andar de los años. ¡El impuesto! Pero si hemos creado una cosa más importante en el andar de los años, señores senadores. Si las ganancias, después de tal límite, son para el gobierno, el impuesto lo paga el gobierno. ¡Qué le importa al Banco pagar un impuesto porque no tiene una garantía de tanto si ese impuesto sale de sus ganancias y esas ganancias son del gobierno!

Es un error muy grande decir que se han disminuido o debilitado los frenos del empapelamiento, cuando lo que se ha hecho es poner un freno mucho más grande y más seguro, y que no ha sido debidamente apreciado, tal vez porque no está en los modelos habitualmente consultados.

Existe en el proyecto una disposición que

no figuraba en el de Niemeyer y que parece que éste tomó del anterior proyecto nuestro — porque no existe en los modelos — que consiste en impedir la distribución de las ganancias cuando el porcentaje baje de tanto. Los bancos particulares son accionistas del Banco Central; tienen interés en que el dinero que han invertido en capital del Banco Central les reditue, les dé una utilidad. En lo que no tienen interés es en que ese capital no les dé utilidad, y si ellos permiten que el Banco mantenga las reservas por debajo de lo que se expresa, lo que sucede es que no se les permite repartir dividendos, que la ganancia correspondiente va a aumentar el fondo de reserva.

De manera, señores senadores, que se ha adoptado un criterio muy restrictivo, que no lo han visto los que no han querido ver las cosas buenas que pueda tener el proyecto.

Parecería ocioso que insistiera, después de las consideraciones que hice esta tarde, sobre el alcance que atribuyo a la exigencia de determinada garantía. No creo que sea una de las bases más importantes, y el proyecto anterior de Urburu, si los señores senadores lo observan, no tenía exigencias de garantía legal mínima; tenía un conjunto de medidas para cuando la garantía de los billetes bajara de cierto porcentaje; pero no se exigía una garantía mínima por una cosa tan evidente que sólo por amoldarnos a los hábitos universales y por no aparecer como heterodoxos, no la hemos adoptado. Una garantía mínima del 50 % obliga al Banco a tener más de esa garantía, para poder proceder cuando se acerque el límite extremo, sin restricciones, como si los otros 50 no contaran; es decir, se le obliga siempre a tener más de la reserva legal.

Lo extraordinario es que esto que parece que puede ser tomado de escritores inflacionistas, es una observación que me ha complacido encontrar en Cannan, el profesor más serio de Londres, más intransigente contra la emisión, más antagónico con todo principio emisionista, y que ha llegado a creer que los sistemas monetarios anteriores sin facultad de emitir por un instituto bancario, son los mejores.

Este economista, en el libro más nuevo que ha escrito sobre la materia, dice que exigir una garantía mínima es un adefesio teórico. No es eso lo que corresponde, y cita, por supuesto, los antecedentes del Banco de su patria, que durante siglos se manejó sin exigencias de garantía y el Banco de Francia, que tampoco la ha tenido.

Y ¿cuál va a ser la garantía de nuestra emisión y nuestra emisión misma? ¿Qué va a re-

sultar de la adopción de esos principios tan elásticos? La emisión de moneda, señores senadores, va a ser menor que la actual. El Banco va a nacer con menor cantidad de moneda que la que hoy existe, con Instituto Movilizador y todo; ella será cubierta íntegramente por el oro según nueva apreciación.

De los cálculos que se han practicado, resultaría que no va a haber, en el momento que el Banco nazca, un solo billete en descubierto.

Los cálculos señalan esto: garantía metálica para los billetes, 105,9 por ciento; garantía metálica de los billetes y depósitos, en el Banco Central, 70,8 por ciento. Ello daría, evidentemente, un gran poder expansivo al Banco, si las circunstancias requirieran mayor circulación, cosa que no creo. Según la cantidad de oro que tiene el Banco, podrá emitir mucho; según la cantidad de papel exigible, el Banco va a poder emitir muy poco, y el Banco, por otra parte, no va a necesitar emitir. Pero los que hacen la crítica del amplio margen que tiene el Banco de hacer billetes, si lo desea, se equivocan en el sentido de su tesis; no hacen a favor de su tesis todos los argumentos que podrían, porque el poder expansivo del Banco es más de lo que habitualmente indican los críticos.

Cien pesos oro llevados al Banco dan derecho teórico a que el Banco ponga 400 pesos papel en el mercado; pero eso es en billetes. Si es en depósitos, cien pesos en el Banco Central, permiten a los bancos ampliar sus operaciones de crédito hasta 600, si son depósitos a la vista, y hasta 1.200 si son operaciones a plazo, contando con que la garantía es 16 y 8 por ciento.

No es eso lo que va a ocurrir; no se va a ampliar la emisión en la proporción de 1.200 cada cien, ni de 600 cada cien, ni siquiera de 400 cada cien, ni cosa que se parezca, porque no podría inventar el Banco Central papel elegible ni tendrá que hacerlo, y está visto que cuando los bancos ponen, por cualquier procedimiento, dinero en el mercado que no es requerido por éste, ese dinero refluye a las instituciones de crédito. Los bancos de la Reserva Federal que tienen un mercado financiero amplio, han querido muchas veces inflar la circulación, poner dinero en el mercado, han comprado títulos del gobierno, han comprado aceptaciones bancarias, han recurrido a la plaza para inyectar numerario, y ese numerario les vuelve con despiadada prontitud a sus arcas, en pago del redescuento de los otros bancos. Los otros bancos se desobligan y la cantidad de moneda que circula queda prácticamente la misma de antes. No está en poder de los bancos, en determinados momen-

tos, ampliar las operaciones de crédito ni mucho menos el total del crédito. Eso lo sabe todo el mundo menos los que necesitan no saberlo, a los efectos de demostrar que este proyecto permite toda clase de inflaciones maléficas.

Lo que hay, cuando se habla de la elasticidad que proporcionará el sistema y de la conveniencia de que la tenga, sobre todo en un país de la estructura económica del nuestro en el mundo contemporáneo, — porque para actuar en él, legislamos — es la posibilidad de mover oro.

Por sabido, y porque ya hice algunas referencias ayer, no puedo repetir que el oro no se mueve, en definitiva, sino a donde hace falta y que sólo por momentos cortos hace movimientos erráticos. Pero eso es en los tiempos comunes y normales. Hoy, con la estructura actual del mundo, se concibe perfectamente que un país agrario, pueda verse, en determinado momento, por la simple falla de una cosecha, en la necesidad de tener que mover una cantidad considerable de oro, y el Banco Central debe tener indudablemente la elasticidad necesaria para poder mover ese oro con libertad, si es imprescindible hacerlo en resguardo de la moneda argentina, sin necesidad de recurrir a una restricción del crédito que no tiene por qué operarse, ya que se sabe que el crédito no está en función del oro que se encuentra en el país.

Pero parece que a veces habláramos con olvido de las circunstancias actuales, y nos lo recuerda hoy «La Prensa», que pregunta: ¿Qué objeto tiene la creación del Banco Central en este momento, si el gran propósito del Banco Central es regular la moneda y en este momento estamos en plena inconvertibilidad y el Banco no va a regular nada?

Desde luego, el Banco puede regular perfectamente la moneda bajo la inconvertibilidad, si no hay inflación creciente. Yo he dicho muchas veces — también era herético — que en período de inflación creciente, con buenos papeles, se puede hacer la expansión más ilimitada, porque los precios crecientes crean la masa de papeles suficientes para que la rueda diabólica siga su curso: más papel, más precios, más necesidad de papel, más crédito; y así sin límite.

Pero en una situación estática como la nuestra, de precios bastante estables, no hay posibilidad alguna de suponer que el Banco esté desprovisto de elementos necesarios para actuar sobre el mercado y regular la moneda. Se nos dice: las condiciones no están llenadas. Ayer, el señor senador por la Capital, doctor Palacios, lo recordó, trayendo palabras sensiblemente parecidas a las pronunciadas anteriormente en

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

el Parlamento por el doctor Huego: ¡no están cumplidas las dos condiciones; el equilibrio del presupuesto y la convertibilidad!

Parece que nos ponemos indebidamente a la sombra del señor Niemeyer, que usurpamos un poco su autoridad y que tergiversamos sus recomendaciones, cuando en las circunstancias actuales aconsejamos la creación del Banco. «Eso no es lo que aconseja Niemeyer», nos dice «La Prensa», en ese tono tan suave y ecuaníme que usa cuando trata estos temas.

Me es satisfactorio, entonces, aun cuando reclamo para los poderes públicos argentinos la amplia autonomía y el completo derecho de tomar sus resoluciones, — así concuerden o discrepen con la opinión de los técnicos extranjeros más respetables, que son excelentes guías pero que no son poder legislativo argentino — me es especialmente grato informar que el señor Niemeyer aconseja hacer el Banco Central en estos momentos, y que obran en mi poder una carta y un telegrama, de los cuales voy a hacer alguna referencia para desvirtuar precisamente lo que se dice por los que suponen que tienen el monopolio de la autoridad del sabio perito y que en adelante, para consultarle o para interpretar sus recomendaciones, se necesita forzosamente pasar por su intermedio.

Voy a leer la carta — que es del mes de Marzo del año pasado — tal como está escrita: «Una visita y una memoria... llevan a mi recuerdo la intención que he tenido desde algún tiempo, de preguntarle si se propone proseguir con las leyes sobre el Banco Central, cuando el Congreso se reúna en el mes de Mayo. Pero querría decirle, que nada que ha sucedido desde aquel tiempo ha disminuído de cualquier modo mi convicción de que la fundación de un Banco Central queda una reforma fundamental y permanente, que ha sido demasiado retrasada en la Argentina. Naturalmente, no sugiero que fuera prudente al momento actual tentar la estabilización del valor internacional del peso; de veras, creo que cualquier paso en aquella dirección sería al tiempo presente prematuro y peligroso, visto que debería ser tomado en absoluta ignorancia de lo que sea la futura relación al oro o de la libra esterlina o del dólar. Dudo si uno u otro de estos hechos será conocido por muchos meses y esto me parece excluir toda fijación del peso, que no comprometería al comercio argentino en riesgos graves que no es posible prever. Por otra parte, no puedo ver en este hecho, una razón para no proceder al establecimiento del Banco Central; al contrario, diría que constituye un

motivo adicional para tal establecimiento. Se podría empezar ahora, sin cargar inmediatamente al Banco con la responsabilidad de mantener un peso definitivamente fijado. A mi parecer, en realidad, el presente es un momento ideal para preparar previamente el mecanismo para el tiempo que ciertamente vendrá cuando el problema entero de la moneda tenga que ser afrontado. Sin duda, usted habrá notado que, precisamente, cuando los cambios no son fijados, se toma pasos de esta naturaleza en muchas partes del mundo. Nueva Zeelandia ha inaugurado un Banco Central; India ha votado las leyes necesarias y está a punto de comenzar; el Canadá está votando las leyes — todos incidentalmente países agrícolas como la Argentina. Entretanto, la Argentina se detiene, y me pregunto si esto no le fuere una desventaja grave cuando venga el tiempo para un arreglo mundial de las monedas, hallándose en aquel momento sin el mecanismo que todos los otros países importantes, incluyendo sus rivales principales, poseerán. Como me parece hay otra razón de índole nacional para comenzar desde ahora, usted ha logrado un saneamiento importante de la situación financiera interna. La situación de los bancos en la República Argentina y la confianza en estos bancos han ciertamente mejorado durante los doce meses pasados. Por otra parte, muchos de los bancos, a lo menos, se encuentran en una situación excepcionalmente líquida y aun tienen dificultad en hallar empleos para sus saldos. Es posible que esta situación no dure a medida que progresa el resurgimiento del comercio. Creo que usted encontraría el ajuste entre los bancos y el Banco Central más fácil a este momento que en un período de comercio activo y aún de gran prosperidad.»

Salteo algunos otros párrafos de la carta, que no hacen al caso, y termino con los siguientes:

«En fin, me esfuero convencerle que esta es una tarea que es más fácil hacer en una sola operación que en varias etapas. Cualquiera controversia que se suscite puede ser tratada con mayor eficacia por un paso decisivo, al cual todos los partidos se ajustan inmediatamente, que por una serie de pasos que sólo prolongan la controversia y, a causa de ser irresolutos, no aseguran los beneficios, lo que es la mira de toda la acción.»

«Espero que usted me disculpará de haberle hablado francamente sobre una cuestión que naturalmente no me toca, pero creo que usted aceptará mi justificación, al saber el interés

muy sincero que he adquirido en su país y mi profundo deseo de verlo adecuadamente equipado para su vida futura. Y el presente es justamente el tiempo para equiparse.

«Reciba, señor ministro, el testimonio de mi alta consideración.»

Y hace pocos días, he recibido del señor Niemeyer este telegrama que me voy a permitir leer íntegramente, para referirme después a los puntos en que discrepamos y examinar sus fundamentos. El telegrama dice así: «Le ruego aceptar mis felicitaciones por haber resuelto introducir legislación para un Banco Central.»

«Recién hoy he visto su texto, de manera que no puedo pretender más que una impresión general, la cual es favorable en sus puntos principales.»

«Sin embargo, espero que el peligro de una demasiada intervención gubernamental será tenido bien en cuenta.»

«Además, sin duda, usted apreciará que contiene un peligro potencial considerable de inflación el proyecto del Banco Movilizador, a menos que se tome mucho cuidado.»

«No puedo creer que haga falta un aumento en la circulación en la Argentina, sea en billetes o en medio circulante creado por el Banco Central.»

«Podría ser una salvaguarda si los bancos recibiesen bonos consolidados de 3 %, en lugar de sus letras de tesorería.»

«En cuanto a detalles:

«a) Me inclino a lamentar la ausencia del artículo 34 a de mis estatutos para el Banco. A mi entender, los billetes de 5 pesos no deben seguir siendo emitidos por el gobierno.

«b) Opino, también, que las restricciones que se imponen en la composición de la reserva total (su artículo 40) podrían resultar molesta e indebidamente limitativas;

«c) Para sacar todo provecho de la concentración, los depósitos judiciales también deberían ser transferidos en su oportunidad al Banco Central. — Niemeyer.»

Hablemos ahora de las discrepancias, que evidentemente no son de fondo y que en cuanto las examinemos detenidamente va a resultar que no existen, que es una simple impresión de primera vista, como el señor Niemeyer se encarga de decirlo expresamente. Lo que respecta, por ejemplo, a la moneda menor está en función de lo que hoy existe. No se trata, por la cláusula que autoriza a tener como moneda menor hasta 20 pesos por habitante, de emitir 200.000.000 de pesos más. Aquí ya hay una emisión en descubierto de cerca de 300

millones, sin contar la del Empréstito Patriótico, y se trata de dejar menos en descubierto de lo que hoy existe, pasando al Banco Central la responsabilidad del resto, es decir, que se trata de ir cubriendo el bono, ese bono al cual evidentemente no le atribuyo gran importancia y del cual el señor senador por Santa Fe, dijo ayer, que era como escribir en el agua. Es o no escribir en el agua, pero lo que el gobierno ha querido es ir amortizándolo a medida que se requiera mayor moneda divisionaria, de manera que cada vez existirá una cantidad menor de moneda sin garantía, de la correspondiente a las emisiones anteriores al año 1899.

Yo no puedo ocultar, porque la conocen los señores senadores, mi convicción más íntima de que esto sólo puede justificarse por prejuicios populares difundidos, respetables, pero no muy lógicos, y me hago una violencia pasando por sobre mis convicciones más íntimas, al creer que debe disminuirse la moneda que circula sin garantía. He sostenido durante mucho tiempo, y he acompañado también durante mucho tiempo al doctor Justo, cuando éramos compañeros de grupo, y después lo he hecho por separado, que teóricamente se concibe, por lo mismo que el mínimo circulante crece con los años, un aumento de la emisión fiscal sin garantía, más bien que la necesidad de una disminución de la emisión sin garantía.

Si hubiera seguido mi exclusivo criterio sin condescender con la opinión ajena, no hubiera establecido en el proyecto ninguna disposición que mande restringir la cantidad de moneda anterior al año 1899, emitida sin garantía. Sólo por una condescendencia con principios compartidos por otras personas, cuyas opiniones me merecen mucho respeto y por la tolerancia que debo a la opinión de mi país, es que he incorporado a las disposiciones del proyecto el artículo que el Senado conoce. Sin embargo, ese artículo ha sido tan mal interpretado por el señor senador por Santa Fe, que ha creído, y ha dicho ayer, que le parecía totalmente impropia la inflación de la moneda que no va a ser cubierta en momento en que, según dice él, se revalúa el oro. La separación de las dos monedas, de la moneda que forma parte del sistema bancario y de la que no forma parte de él, si era en nosotros un viejo principio, una vieja afirmación, ha recibido la consagración de una autoridad tan importante como la Delegación del Oro de la Liga de las Naciones, la que en una de sus recomendaciones aconseja, para ser más abundante el oro en el mundo y para que los precios mundia-

les no declinen, dejar fuera de la circulación bancaria, en todos los países, una parte considerable de la moneda menor.

Ayer se ha dicho que la moneda de 5 pesos no es divisionaria. No sé por qué se ha hecho esa afirmación, dado que esa moneda es heredera de la que en las leyes argentinas era divisionaria. Consulten los señores senadores los antecedentes monetarios argentinos y verán que la moneda de la cual deriva, la de 5 pesos, era divisionaria.

El megalómano, el absorbente, el intransigente, cede ante la opinión ajena, aun sacrificando sus convicciones, para que no tenga el país ni siquiera la sospecha de que el gobierno quiere, por esta disposición, lanzarse en maniobras de empapelamiento. No obstante ser esa la verdad, no se ha de rendir justicia por los que no están dispuestos a hacerlo, y se seguirá enarbolando el arma de que estamos en plena tarea papelistas.

Pero no basta, evidentemente, ocuparse de los billetes, cuando al lado de ellos está el gran medio de pago de los depósitos bancarios por medio de cheques. Yo no sé si es perceptible para todos, que por esta legislación restringimos en forma apreciable el derecho de manejar esa gran cantidad de medios de pago.

La concentración de las reservas que imponemos, el tipo de descuentos que puede convertirse en arma restrictiva que ponemos en manos del Banco Central, son factores que determinan en los bancos particulares una disminución de su poder de crear moneda.

Es sabido, y es la contraparte de lo que antes afirmé, que si los bancos de emisión tienen cada día menos esa función, los bancos de depósitos son cada día más bancos de emisión, porque crean medios de pago en forma de depósitos con sus operaciones activas.

No he de citar autores en apoyo de ello, porque alguien se enoja si se demuestra que se los ha leído; pero es evidente que esos bancos proporcionan a la colectividad los medios de pago que hemos comentado.

El gobierno se empeña, entonces, en reglamentar, con esta ley, operaciones que antes estaban libradas a la más absoluta libertad, sometiéndolas a un cartabón preciso, e indicando con qué clase de operaciones no se pueden crear esos medios de pago. Sin embargo, esta ley necesariamente debe tender a la inflación; aunque no se le vea, aunque se demuestre que no se producirá, aunque se compruebe que se trate de la reglamentación y restricción de operacio-

nes que ya existen. No importa: es inflación que está tapada con una hoja de parra. (Risas).

La ley de bancos no ha merecido objeciones; no hay sobre ella un interrogante abierto, y ha sido suficientemente explicada por el señor miembro informante, senador por Mendoza, doctor Arenas. De manera que no tengo necesidad de ocuparme detenidamente de ella.

Por otra parte, de su simple lectura se advierte que es una ley que mejorará notoriamente las prácticas de nuestros bancos; que impedirá que se repitan, en cuanto las circunstancias lo permitan, los luctuosos sucesos que han determinado situaciones no envidiables. Garantiza los depósitos y el ahorro del público, sometiendo a los bancos a la inspección del Banco Central que hasta ahora no existía, pues no se puede llamar en serio inspección, a la tarea que realiza actualmente la Inspección de Justicia. No tiene la menor relación esta inspección con las garantías que necesita la colectividad para el buen manejo de los bancos en su aspecto económico.

La ley se ha proyectado en forma elástica, no para colocar a los bancos en un lecho de torturas, pasando en 24 horas de un sistema de extrema licencia a la rigidez más absoluta. Todos los bancos la aceptan, y es suficiente para impedir que se repitan cosas que han pasado.

Pero es evidente que la ley de bancos para funcionar necesita sanear su base, la base de los organismos de crédito. No sería posible en cuanto asome la prosperidad, poner otro piso en la estructura bancaria sobre la base de los créditos reales o no reales congelados, o más que congelados, que existen en esos establecimientos e iniciar en esa forma la marcha hacia el futuro. Si se quiere establecer un mecanismo bancario o monetario sobre bases firmes, es necesario tocar algo de lo que hoy existe en los organismos de crédito, es necesario hacerlo, no por interés de los bancos, sino en interés público. Los depósitos del público constituyen una parte muy grande del acervo nacional y no pueden ser indiferentes las autoridades a su conservación, como no puede ser tampoco indiferente la suerte de los deudores, aun desde el punto de vista económico.

Yo sé, señor presidente, que existen teóricos del derrumbe. ¿Por qué esa contemplación por los deudores? ¿Por qué no se les deja caer a todos? Vamos a ver qué viene después. Que se pongan de una vez en liquidación todas estas situaciones, que todo el mundo se venga abajo. Total, no van a desaparecer los campos, las

viñas van a dar uva, es posible que las vacas tengan terneros. Dejemos que eso se modifique, cambie de mano, la alteración total no producirá ningún cataclismo en el país.

El país no es conejito de la India, señor presidente, ni se puede tomar como campo de experimentación de semejantes extravagancias. La teoría de la liquidación absoluta es una teoría para entes que no sean humanos. Creer que se puede, en una sociedad contemporánea, con hombres que lógicamente tienen que cuidar sus intereses y que es lógico los cuiden, incendiar el país por los cuatro costados para obedecer a la inspiración de los que se expresan así, es posible que rime con conceptos euáqueros o de expiación, pero no rima con el sentido común de hombres que tienen la misión de gobernar a un país constituido por hombres que trabajan. Es evidente que hay, además de los factores económicos, circunstancias de otro orden que yo puedo puntualizar. Aun suponiendo que, desde el punto de vista económico, pudiera hacerse la liquidación total sin trastornos, sería insensato y demostraría absoluta despreocupación del porvenir argentino el que creyera que se puede en un momento dado eliminar a todas las clases conservadoras, a todas las clases pensantes del país, para reemplazarlas por las que vengan en el azar de los acontecimientos, en una revolución precipitada e inconcebible de toda la riqueza.

El Estado tiene la obligación de mantener y ordenar la liquidación de situaciones sanas que son perfectamente viables y que con el menor revivir de las actividades puedan convertirse de nuevo en prósperas.

El país está obligado a ello y el gobierno tiene el imperioso deber de hacerlo. Por eso, señor presidente, hay hombres que han extremado la nota en materia puritana y ortodoxa y no han trepidado en poner su firma a medidas capaces de mantener en pie la actual organización económica y los actuales valores económicos.

Eddie, a quien he citado hace un rato, dice en un trabajo que tengo aquí, publicado en la «Revue Economique Internationale», en la que también está el artículo de Willis que cité ayer, algunas cosas parecidas a las expresadas y concluye con un concepto que tuve ocasión de referir en la Cámara de Diputados cuando se discutió la política monetaria: que toda política de liquidación violenta lleva fatalmente al papelismo sin límites, porque la sociedad reacciona y porque la caída de entidades, personas e instituciones viables pone después en el caso de sostener las que a su vez se convierten en

ilíquidas y no se para en la rueda fatal hasta llegar a poner en movimiento las planchas de imprimir billetes.

Pero lo que tengo aquí apuntado y quería marcar, es el caso de Glass, que es el teórico de la liquidación en Estados Unidos. Glass es el apóstol de la restricción y de la ortodoxia en materia bancaria y monetaria y sin embargo no tuvo inconveniente en firmar, con su colega de la otra Cámara, Steagall, el proyecto de ley que surgió de una conferencia tenida entre los jefes de partido y el presidente de la República para poner un límite al derrumbamiento de entidades económicas de diverso orden. Y Glass propuso la creación de una entidad que se llamaría «Federal Liquidation Corporation» para los bancos afiliados y que haría las veces de la «Reconstruction Finance Corporation» para los bancos no afiliados, compañías de seguros y bancos territoriales.

Por algún motivo ha de ser que en todos los países se adoptan soluciones parecidas, que el Estado concurre en auxilio de entidades privadas en apuros, las mantiene en pie si son viables y hasta a veces carga con pérdidas considerables.

Las pérdidas de empresas privadas mantenidas por el Estado significan un principio completamente novedoso. Hubiera horrorizado hace pocos años que bancos que han hecho malos negocios, compañías ferroviarias que han perdido sus bienes, compañías de seguros en apuros, sean socorridos por el Estado, el que toma a su cargo las pérdidas y las pone a cargo de la colectividad. Todo eso parece una verdadera monstruosidad, y sin embargo, si aquí no lo hemos hecho ni lo proyectamos, se ha hecho y realizado en casi todas partes.

Tengo un abundante material, que no quiero ni siquiera exhibir, sobre el saneamiento de los bancos en Alemania, donde se adoptó el procedimiento de enjugar las pérdidas instantáneamente, apuntarlas en los libros y cargar el Estado con ellas y lanzar a los bancos en una nueva vida, limpios y puros, como el día que nacieron. Y el Estado ha cargado así con centenares y millares de millones, que enjugará como pueda.

Los franceses han acudido en ayuda de sus bancos en apuros y el Estado francés recurrió hasta a subterfugios como el de depositar dinero en un Banco cuando no tenía atribución legal para prestarle.

Los italianos crearon una corporación de crédito inmobiliario parecida a la nuestra.

Los ingleses han hecho otro tanto y ayudaron a un Banco de esta plaza afectado por malos negocios hechos en Chile. Por fin, los belgas han adoptado la legislación que nosotros más hemos seguido, pues nos acercamos considerablemente a la legislación belga, con la diferencia de que ellos preven y autorizan cierta inflación que nosotros no permitimos; y de allí debe venir la suposición del señor Niemeyer de que estamos amenazados de ese peligro. Los bonos belgas de descongelamiento, pueden redescontarse en el Banco Central, pero los nuestros no se pueden redescantar en el Banco Central.

El Instituto Movilizador que aquí hemos fundado siguiendo esas ideas, se ajusta más a la prudencia por el empeño que hemos tenido en no aventurar un solo paso en el camino inflacionista. Este organismo es sencillo; utiliza ampliamente lo que existe y es comprensible para los que se hayan tomado el trabajo de leer las explicaciones que se han dado, porque en su esencia no encierra una complicación especial: consiste en pagar a los bancos los activos congelados con los bonos amortizables, con sus propios documentos de redescuento adquiridos por el Instituto del Banco Central, con los fondos que tiene el instituto en ese establecimiento.

Ayer se ha dado en esta materia la nota más alta de incomprensión; no es posible que se dé otra más alta, que se digan más cosas extraordinarias que las que ayer han desfilado por el recinto del Honorable Senado, con motivo de este organismo, cuya idea se ha tenido la generosidad de decir que era buena, pero que era lástima que la hayamos hecho encallar tan mal desde el primer paso.

Esos 500.000.000 de pesos que desaparecen así, es lo grave, se ha dicho! Es el juguete de las compensaciones, es el juguete que tiene el ministro. En otro momento se dijo que el Instituto Movilizador, como «Fausto» — como el «Fausto» criollo, no el alemán — daba a Margarita sus propias flores. (*Risas*).

En seguida viene la explicación de que los bancos no se contentan con las variaciones de contabilidad, que para comparles los activos congelados se necesitan recursos y que estos recursos se han tomado de la reserva que el país tenía, y que ningún gobierno hasta ahora había tocado, pero que estos osados hombres de ahora tocan y tocan para esto, tocan y desaparecen. Como se verá, el único destino prudente que se puede dar a esta reserva es hacerla desaparecer, si no se quiere que tenga malos efectos,

graves efectos inflacionistas. Pero parece que la prudencia consiste en tener la reserva y no emplearla ahora. Emplearla no sé cuándo. Y si no se emplea ahora para sanear el organismo bancario, sólo servirá, luego, para inflar. Eso no parece entenderse fácilmente, por lo visto.

No merece recogerse la insinuación hecha de paso, de que el Instituto Movilizador era una nueva prueba de la voluntad de dominio absoluto que tiene el gobierno y que se susurra que se va a descongelar a los amigos y recongelar a los contrarios. Nadie puede decir eso en el país, nadie, porque si hay algo establecido en las costumbres, es una tolerancia insuperable en materia de crédito para los contrarios. Y ello ha existido de bastante tiempo atrás.

No hay inflación de ninguna naturaleza, no hay creación de billetes, ni de depósitos del público; todo eso se ha demostrado acabadamente, y para que la demostración fuera perceptible a las personas legas, se lo ha presentado en una forma que ha resultado contraproducente para ciertas personas legas también. Como la expresión tan fácil: utilizar esta reserva, utilizar este incremento de un rubro activo para castigar otros rubros activos, no ha sido suficientemente inteligible, empleamos otros procedimientos. En un reportaje aparecido en un diario que se ha leído, dijimos: Vamos a suponer para mejor demostración, que en lugar de hacerse esto, en lugar de borrar rubros activos, en razón del crecimiento de otros rubros activos, aparece un depósito, y vamos a seguir su evolución hasta su extirpación. Es decir, señor presidente, que un mecanismo que va a funcionar con una goma más que con un lápiz, borrando más que escribiendo, lo hemos presentado, para que lo entiendan los que no saben estas cosas, actuando con lápiz. Hemos escrito el importe de supuestos depósitos y en seguida hemos comenzado a restar para ver cómo se esfumaba ese depósito, instantáneamente, dejando las cosas relativamente arregladas, pero sin mayores depósitos y sin mayor circulante.

Pero, por supuesto, alguien ha sorprendido la explicación en la mitad del proceso, ha tomado el depósito hipotético como cantidad existente y ha divagado sobre esa materia, no sin después enrostrarnos con la amabilidad habitual, una inconsistencia en nuestras opiniones, verdaderamente trágica.

Pero cómo — ha dicho ayer el señor senador por Santa Fe — el señor ministro de Hacienda hasta ayer creía que los depósitos en el Banco Central eran lo mismo que billetes y que

crear depósitos era lo mismo que crear billetes, y hoy ya no cree eso; hoy cree que crear un depósito en el Banco Central no es lo mismo que crear billetes. Yo, señor presidente, sigo creyendo hoy lo mismo que ayer: que crear depósitos en el Banco Central es lo mismo que crear billetes. Pero que no se crean depósitos, y sólo se supone que se crean para que entiendan los que no saben, para poder demostrar con ello cómo se procede en este organismo y cómo desaparece el incremento del valor del oro.

Sin embargo, viene esto que nos ha servido para mostrar la profundidad de ciertos otros conocimientos: ¿cómo no va a haber emisión y cómo no va a existir inflación si la garantía de oro hoy responde por 1.200.000.000 de billetes, y mañana, con ese depósito de 500, 600 ó 700.000.000 de pesos que crea el gobierno, va a responder de 1.900.000.000 de pesos? ¿Cómo no va a haber inflación, entonces? Por donde vemos surgir el concepto de inflación entremezclado con el concepto de garantía, como hijo del concepto de garantía, lo que da una prueba acabada de que no se sabe lo que es inflación ni se sabe lo que es garantía!

Dijo el señor senador por Santa Fe que cualquiera fraseología del ministro, por habilidosa que fuera, no podría ocultar la terrible verdad. El oro, que seguirá siendo el mismo, garantizará una cantidad mayor. Pregúntele al señor ministro — agregaba — a los tenedores de billetes si hay inflación, que antes tenían una cantidad dada de oro garantizando 1.200.000.000 de pesos y que ahora va a garantizar 1.900.000.000. Pregúntele al Banco de la Nación, que antes tenía letras de tesorería, que fueron primitivamente descontadas al 6 % y que ahora van a ser convertidas en bonos del 3 %. Pregúntele a la Caja de Conversión, que tenía los títulos del Empréstito Patriótico con igual diferencia de interés. ¿Pero qué tiene que ver eso? Ahora va a resultar que también es inflación el hecho de que las letras de tesorería paguen 3 %, cuando han pagado a principios del siglo, el 6; ahora se llama inflación el bajar el interés a las letras. Es evidente que esto no ha sido tomado con seriedad!

Lo que se ha hecho, señor presidente, es del más puro tinte ortodoxo: transitoriamente se ha utilizado la diferencia que resulta del traspaso del oro, para sanear y movilizar activos congelados del sistema bancario. Cualquiera fuera la solución que adoptáramos en materia de Banco Central y del valor del oro, esa diferencia aparecería algún día; sólo dejaría de aparecer si el peso tomara un camino ascendente y volviera a la par, hipótesis, por lo demás, aven-

turada. Si el peso alguna vez va a ser estabilizado debajo de la par, esa diferencia existirá y lo que se trata es saber si la vamos a utilizar para sanear el sistema bancario y monetario en momentos de penuria económica y cuando puede ser útil o si la vamos a guardar esperando que el sistema bancario y monetario haya hecho crisis o se haya salvado solo, y la utilicemos en plena prosperidad para ampliar los negocios y expandirlos todavía más.

Como la diferencia aparecerá alguna vez, el gobierno ha tenido que considerar este hecho, y como he dicho hace un momento, lo prudente ha sido hacerla desaparecer utilizándola a tiempo. Esa diferencia no es más que en los libros y debe servir para corregir en los libros los inconvenientes y perjuicios del sistema bancario, haciéndola desaparecer compensada por el castigo o la supresión de activo o por la esterilización de reservas exigibles.

Todo el que haya visto un balance de cómo han procedido en otra parte, sabe que eso es así, que no hay tal creación de depósitos.

Yo he hecho resumir en tres rubros — con perdón de la palabra, que no es del agrado de todos — el activo del Banco de Francia, antes y después de la revaluación del oro: a 4 rubros, el pasivo. Vemos, por ejemplo, el activo y el pasivo al 21 de Junio; activo: oro, 5 ½; créditos oficiales, 17,9 — hablo en miles de millones de francos —; otros, 45,5. Total, 68,9. Paso al 25 de Junio; el oro que era 5,5 se eleva a 28,9; los créditos oficiales que eran 17,9 se reducen a 3,2; los otros pasan 50,2. El total del activo de 68,9 asciende a 82,3. Veamos ahora el pasivo: los billetes, que eran 58,9 pasan a ser 58,8 — disminución de 0,1 —; depósitos oficiales, pasan a ser 5,1 millones; depósitos particulares, de 7,4 pasan a 5,5; otros, de 2,6 a 12,9. Los depósitos del público, las disponibilidades de la población, el poder de compra de la colectividad, no ha aumentado, como se ve.

Si en la imposibilidad de echar a rodar guarismos en cantidades ilimitadas que no serían comprendidas, hiciéramos una exposición esquemática de lo que puede pasar en un caso hipotético, apreciando el oro en distinta forma de lo que está, yo pondría este ejemplo: supongan los señores senadores que hay una cantidad de oro que vale 500 que se convierte a 1.000; que hay créditos congelados por 500 que desaparecen al pasar el oro a otra entidad; del otro lado los depositantes siguen con la cantidad de 1.000. La modificación entre los rubros del activo, compensando el incremento de un rubro con la desaparición de otro, no produce en ma-

nera alguna expansión ni inflación ni ninguna de esas consecuencias. Y se necesita no haber visto un balance para haber sostenido con el aplomo con que se lo ha hecho ayer, cosas tan reñidas con la realidad y tan contradictorias con las posibilidades mismas del sistema.

¡Ah! se dice, revaluación del oro; todo esto se llama revaluación del oro! Yo no puedo dejar de recordar, señor presidente, que en esto de la revaluación del oro han sido defraudados en sus esperanzas los que vaticinaron cosas espantosas. Para el concepto simplista de cierto órgano de publicidad, la revaluación del oro tiene que significar una de estas dos cosas: hay 500 de oro, hay 1.200 de papel hoy; si el oro llega a 1.200 el gobierno va a hacer una de estas dos cosas: o toma esos 700 de oro que sobran o va a poner en circulación 1.100 ó 1.300 de papel suplementario. No conciben en otra forma la revaluación de oro, como ellos dicen, y naturalmente se aprestaban a conmover al país llamando la atención de la gente sensata sobre los peligros que corren. Sin embargo, por la lectura que se ha hecho aquí de párrafos pronunciados en la discusión del año 1932, se podía saber el concepto que tienen de estas cosas los hombres responsables de su ejecución y cómo se procede en materia de revaluación. Y de la lectura, siquiera sea somera de los antecedentes extranjeros mencionados hoy en el diario «La Nación», podría haberse sacado una conclusión de que no son ninguna de esas dos soluciones las que derivan forzosamente del procedimiento de apreciar a distinto precio las reservas de oro. Lo que puede hacerse, lo que se ha hecho y lo que se proyecta hacer, es una cosa totalmente normal; reducirla en definitiva a simples operaciones de contabilidad.

Se ha citado intencionalmente el caso de Francia y no el de otros países porque el caso de Francia es especialmente claro, y porque el hombre que llevó a cabo la reforma goza de predicamento indiscutible entre algunos timoratos que vociferan contra la ley proyectada.

En el año 1926, el franco, después de instalado el gobierno de Poincaré, tuvo acentuada tendencia a la suba. El gobierno pudo hacer una cosa, la que se aconseja siempre: dejar que el papel subiera, no intervenir, permitir que subiera lo más posible, que se acercara cuanto antes a la par, y había bastante margen para ello, ya que el franco no valía ni $1/6$ de su valor primitivo. Sin embargo, el gobierno hizo otra cosa: solicitó con urgencia de la Cámara que votara una ley autorizándole a comprar oro por su

valor real, y tiró por encima de la borda toda aquella teoría, según la cual los francos estaban o volverían rápidamente a la par, cosa que hasta ese momento, se restan a pie juntos en la jurisprudencia y en las doctrinas y en las conferencias económicas internacionales. Se sostenía que si había algo seguro, era que el franco, transitoriamente alterado, volvería a su antiguo estado, y puedo mostrar fallos judiciales del más alto tribunal de Francia en que se dice eso sin rubor. Si hay algo seguro es que el franco depreciado va a recuperar su valor y que volverá a valer lo que valía por la ley de Germinal. Pero el Banco de Francia no quería comprar oro cuyo valor estaba destinado a decrecer, y no estaba dispuesto a hacerlo y exigía que el gobierno cargara con las pérdidas resultantes de esas operaciones y el gobierno accedió. Y así, por compras sucesivas en el mercado, el gobierno llegó a estabilizar la moneda impidiendo que se valorizara más allá de cierto límite, haciendo de paso un encaje formidable de divisas que le sirvieron, según sus planes, para estabilizar después la moneda. Cuando se hubo estabilizado, el oro fué revaluado, el gobierno se apropió la diferencia y pagó con ella su deuda al Banco Central. Los peritos franceses que aconsejaron esta medida, y que hicieron el informe antes de que la medida se tomara, influyendo en ella, hicieron un trabajo sobre cuyo mérito he tenido ocasión de escribir alguna vez (comparándolo con los informes de los peritos ingleses, que a mi modo de ver son mucho más fundados y serios, pero aquéllos aportaron un elemento importante a la discusión: no debía esperarse la vuelta del oro a la par. Rist era uno de esos peritos y se empeñó en demostrar en algún trabajo, que no era conveniente que el oro llegara a la par y que menos era conveniente establecer escalones sucesivos de valorización, porque se produciría un fenómeno natural: si se sabía a ciencia cierta que la moneda iba a subir en una determinada época hasta tal límite y después hasta tal otro límite, había una tendencia natural a apresurar los acontecimientos porque la gente hacía sus operaciones previniendo el alza; se produciría, por otra parte, una tendencia natural al atesoramiento del dinero. ¿Quién se desprendería de su dinero cuando sabía que algunos días después iba a valer más? Habría una paralización relativa de las actividades económicas motivada nada más que por esa elevación escalonada de la moneda, y para ello Rist aconsejó firmemente que no se siguiera en esa práctica, y que se estabilizara sin frases, que no se declarara que se tenía el propó-

sito de estabilizar y que se fuera actuando en el mercado en forma que la estabilización resultara de los hechos. Fué lo que se hizo: se estabilizó sin frases.

Alguna vez se ha dicho, debatiendo estas cuestiones, que todas las medidas que hoy preconiza el gobierno argentino se hicieron en Francia después de la estabilización. Se ha dicho que en Francia se comenzó por estabilizar y luego se revaluó el oro. Pero, ¿cómo se estabilizó? Ese es un proceso que alguna vez empieza. El primer día que el franco estaba a un nivel dado, no se podía decir que el franco estaba estabilizado; la estabilización resulta de impedir que eso se alterara en los días sucesivos, comprando y vendiendo en el mercado, haciendo una masa de maniobras y unida a la masa de maniobras, para que fuera eficaz, el oro del Banco de Francia, justipreciado al valor que tenía el resto de la masa de maniobras comprada en el mercado.

Tengo aquí la exposición hecha por Rist sobre esa materia, que apareció en la «Revue d'Economie Politique» en forma anónima, cuando la medida no había surtido todos sus efectos, pero que fué publicada en el libro de Rist con su propio nombre, cuando pudo su ilustre autor ampararse en el éxito de ella. En ese artículo se afirmó que la ley había constituido la base del restablecimiento del sistema monetario francés.

Si necesitamos justificarnos con otros precedentes hoy ya no nos es difícil hacerlo. El ministerio se ha encargado de hacer llegar a los señores senadores un trabajo escueto, claro y preciso del Ministerio de Hacienda de Nueva Zelandia, que se publicó en el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de ese Dominio, en donde se enumeran los distintos casos de estimación del oro para fijarle otro valor que el de la paridad, con el detalle de los resultados. Y se justifica la medida con argumentos diversos, aun cuando allí el pleito era más complicado que aquí, por existir dificultades que nosotros no tenemos.

El alegato formidable del ministro de Hacienda de Nueva Zelandia, tendía a demostrar que el oro que tenían en sus arcas los bancos privados, podía ser revaluado por el gobierno a un precio distinto, según la cotización del metal en la plaza, y que la diferencia de ese oro que estaba en los bancos privados al hacerse la revaluación, pertenecía al gobierno, y el gobierno debía utilizarlo en el saneamiento monetario.

Como se ve, es menos difícil sostener que el oro existente en una entidad pública del Es-

tado, como lo es la Caja de Conversión, debe pasar a una entidad privada como el Banco Central, al precio de cotización de plaza, que pretender que el oro que está en una entidad privada, como son los bancos particulares, deba revaluarse para apropiarse el gobierno de la diferencia.

Sin embargo, allí se hizo eso y se justificó la medida con una serie de raciocinios como los que se indican en ese memorándum. Pero lo que importa citar de este precedente, como antecedente novedoso, es que esta revaluación del oro, si así se le quiere llamar, se hizo antes de estabilizarse la moneda neozelandesa. Antes de estabilizarse la moneda allí, se revaluó el oro, y el Estado aprovechó la diferencia.

Entre los casos que se citan en este informe del ministro de Hacienda neozelandés, está el de una nación cuyos antecedentes no he estudiado (Bulgaria) e indica el autor que las reservas de oro allí fueron revaluadas dos años antes de la estabilización «de jure» de la moneda.

En un solo país se ha hecho una cosa distinta. En Grecia no se siguió desde un principio al pie de la letra este camino, porque se dejó a los bancos la ganancia, en lugar de aprovecharse esa diferencia el gobierno; pero luego, se enmendó el error, adoptándose el mismo criterio.

Pero si la medida tiene su justificación y no puede atacarse, es necesario refugiarse en afirmaciones dogmáticas. Se nos dirigen con tal motivo escritos iracundos, en el estilo truculento que alguien gusta usar, y se llega a pronunciar, con este motivo, juicios tales, como el que merecen las maniobras más escandalosas. Sin embargo, la solución ha caído en la opinión pública en forma notoriamente favorable. La opinión la ha considerado justa, y el mercado ha reaccionado en su presencia, como debe reaccionar. La moneda argentina, que algún augur ha proclamado que iba a precipitarse hacia abismos insondables, ha tomado una marcada tendencia alcista. Saben los señores senadores, que en el mercado libre, desde que los proyectos se conocieron, el peso se ha valorizado hasta el extremo de que la libra esterlina, que estaba cerca de \$ 20 antes de que se publicaran los proyectos, cuesta \$ 19,20, en el día de hoy.

Si bien no seguiré la enumeración de los antecedentes de la medida que hemos proyectado, hay un caso que me dolería no citar, aun cuando tome con ello algunos minutos más la atención del Honorable Senado. Es el caso español o,

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

mejor dicho, el caso de las recomendaciones periciales para España.

En la Cámara de Diputados me referí a ese trabajo que era entonces secreto. Hoy el trabajo se ha publicado, y es de los peritos franceses Rist y Quesnay, director este último del Banco Internacional de Ajustes. Estos recomendaron a España una política que la llevara cuanto antes a la estabilización de la peseta, impidiendo su valorización y revaluando el oro para hacer una diferencia que le permitiera pagar las deudas del gobierno para con el Banco y amortizar algunos rubros dudosos del activo de la colectividad bancaria. Defendieron con tesón la conveniencia de estabilizar a un tipo que no permitiera movimientos considerables en los precios internos, indicando no sólo las ventajas que eso reportaba desde el punto de vista comercial, sino las ventajas que traería proporcionando el beneficio de la revaluación, que de lo contrario, se esfumaría.

«La vuelta espontánea de la peseta a su paridad teórica parece singularmente difícil — dice el señor Rist —. Aun si pareciera posible, no sería una cuestión de meses sino de años y los esfuerzos hechos en este intervalo para llevar la peseta a la par podrían encontrarse contrariados por acontecimientos totalmente independientes de la voluntad humana, como ser, la elevación del valor del oro en el mundo frente a las mercaderías. Si la baja de la moneda es perjudicial para el crédito del país y para su capacidad para atraer capitales, el alza perjudica generalmente a la industria, a todas las empresas de exportación. En un país, cuyo cambio está estable, el Banco nacional compra a precio fijo, por sus estatutos, todas las divisas oro que la exportación trae al mercado. No solamente refuerza así su encaje metálico sino que pone en circulación la contrapartida de estas divisas en moneda nacional. Por el contrario, mientras la moneda no ha sido estabilizada y mientras el Banco de Emisión se abstiene de intervenir y no ha reanudado el cambio de billetes contra oro ni el de oro contra billetes, el solo efecto de un aumento de las exportaciones consiste en un alza de la moneda nacional, es decir, una disminución del monto en pesetas, que los exportadores reciben en cambio de sus libras esterlinas, dólares, liras o francos, que les son entregados por sus clientes. Si quieren impedir esa disminución de entradas por una elevación de los precios de sus productos, es entonces el comprador extranjero el que desaparece y los mercados se cierran. De esa manera el alza de la moneda nacional

descorazona al exportador, de la misma manera que la baja descorazona el ahorro. Se pone en el supuesto de que la estabilización hecha alrededor de los cursos actuales de la peseta diera los beneficios de la revaluación del encaje a oro del Banco de España y se supone — dice aquí — que los beneficios, como es natural, y conforme a los métodos seguidos en todos los otros países, sea atribuida al Estado.»

Pero lo que yo quería citar de este informe, es lo siguiente:

«Así como el beneficio de la revaluación del encaje a oro es tanto más fuerte cuando el curso de la estabilización es menos elevado para la peseta, de la misma manera cuando más se aleja de la paridad teórica de la peseta, más fácil será cubrir las pérdidas resultantes de la venta del encaje en plata y sanear, además, otros rubros opuestos de balance del Banco.

«Pero en cambio, la vuelta de la paridad teórica de 25,22 suprimiría todo beneficio de la revaluación y el Estado se vería en la imposibilidad de pagar su deuda en una parte de los adelantos sobre títulos del Banco, lo que sería, sin embargo, fuertemente deseado.»

Y por fin el señor Rist hace notar que al desencadenar las fuerzas especulativas a favor de la valorización de la moneda, se corre el peligro de ser engañados por un simple miraje. Sube la moneda cuando se está dispuesto a hacerla subir, pero en el momento mismo en que la moneda se acerca a su paridad, las mismas fuerzas especulativas que determinaron la compra de pesetas, determinan luego su venta. El capital financiero que se ha invertido desaparece cuando el beneficio máximo ha sido logrado y se corre el riesgo de ver desaparecer la estabilización en el momento en que se la creía alcanzada. Por eso aconseja en la forma más perentoria, que se huya de ese miraje y que se recurra al procedimiento de estabilizarla cuanto antes, utilizando la diferencia en el precio del oro para sanear los activos congelados.

A igual solución llegó el perito Quesnay en su informe del 15 de noviembre de 1930, del cual voy a ahorrarme a la Cámara toda lectura.

Podemos nosotros seguir ese ejemplo. Estamos en mejores condiciones jurídicas y económicas. Podemos sanear, utilizando la diferencia, conforme al consejo de los peritos que acabo de mencionar. Podemos movilizar el activo sin inflar. Y al final quedará el Estado, cuando el Instituto Liquidador haya cumplido su misión, con haberes de otro orden, que pue-

den dedicarse a otros fines, y habría llegado entonces la oportunidad de determinar cuales serían ellos, por medio de una ley del Congreso.

Yo no sé si el Instituto Movilizador de Créditos no será con el andar del tiempo y transformado en forma adecuada, el organismo que hace imprescindible falta en nuestro país, el organismo del crédito industrial, del crédito intermedio de que carecemos y de que es difícil proveernos por la concurrencia que hacen en un mercado financiero relativamente chico, los títulos del gobierno y las emisiones del Banco Hipotecario. El Estado argentino se ha avenido a poner su firma en papeles como las cédulas hipotecarias, para dotar de crédito a la comunidad que debe sobre tierras; pero es evidente que mientras las cédulas hipotecarias de 5 % aparezcan en el mercado con la garantía de tierras, la garantía del Estado y la posibilidad de ser utilizadas en la compra de tierras en los remates del Banco Hipotecario, ese papel hará competencia ruinosa a todo papel industrial que quiera lanzarse a la plaza a un tipo de interés no más elevado, con perjuicio evidente para las actividades comerciales.

Alguna vez llegará el momento de acometer la reforma de ese aspecto de nuestro sistema financiero y entreveo la posibilidad de que el organismo que hoy se crea sirva para esos fines y dé los elementos necesarios para ello. Los dará también para la colonización de tierras, hoy detentadas por los bancos y que sólo pueden ponerse al alcance de la comunidad trabajadora en forma económica si se venden a precios diversos de aquellos en que han sido adquiridas por los bancos. Si eso pasa, algo quedará, objetivo y tangible, como resto de lo que fué una simple operación de contabilidad, estando el oro en su lugar y los rubros de crédito inalterados.

No tenemos, además, nosotros, otros problemas de carácter económico que han decidido o postergado la adopción de medidas semejantes en otros países.

Con nuestro sistema de cambio cabe una valorización apreciable de la moneda, sin alterarse los precios de los productos de exportación. Por el margen que existe entre el tipo al cual el gobierno compra las letras de exportación y el tipo a que las vende, la valorización esperada de la moneda argentina no repercutirá sobre los precios y hará que no se ponga en contra de la valorización la inmensa falange de los que de otro modo constituirían

los enemigos declarados de la apreciación del peso argentino.

Sin frases podemos ir nosotros también preparando nuestra propia estabilización, comprando y vendiendo oro en el mercado, almacenando, si sobra, utilizando las reservas de que disponemos, si fuera necesario, para la defensa de la moneda si la prudencia aconsejara emplearlas así.

El oro se encauzaría en esa forma hacia el destino más ajustado a su origen: defender la moneda circulante, de la cual los billetes son sólo una parte.

Tendremos defendidos los intereses de la comunidad, si no caemos en el error profundo de considerar que sólo son dignos de atención los tenedores actuales de billetes.

—Ocupa la Presidencia el presidente provisorio del Honorable Senado, doctor Robustiano Patrón Costas.

¿Por qué esa distinción entre tenedores actuales de billetes y tenedores potenciales? El oro es de la colectividad, dijo el gobierno en una de sus exposiciones. Se le rectificó doctrinalmente diciendo: ¿Quién lo ha dicho? ¿Y los tenedores de depósitos en los bancos no son dueños de partícula alguna de ese oro? ¿Y los tenedores de depósitos en el Banco de la Nación, que tiene la garantía de la Nación, ¿no están en las mismas condiciones que los tenedores de billetes? ¿Se concibe una distinción jurídica entre los actuales tenedores de pesos y los tenedores potenciales de billetes, que son los depositantes de los bancos? Se vislumbra lo que sucedería si se les dijera a los tenedores de pesos que tienen derecho a una parte del oro y que los tenedores de créditos en los bancos no tienen derecho. Inmediatamente, todos los tenedores de créditos en los bancos querrían convertirse instantáneamente en tenedores de billetes y habría que emitir tres mil millones de pesos para poder pagar con billetes a los tenedores potenciales de los tres mil millones de pesos depositados. Pero alguien ha aprendido allá en su mocedad remota, que el oro es garantía de los billetes, y prenda común promiscua de los billetes, y nada más que de los billetes. Se ha olvidado que con el andar del tiempo también algo se ha formado en el país: un sistema de pagos basado en el cheque que forma parte de la constitución monetaria argentina. Y hay que contemplar a unos y a otros, tratando de que no se perjudique su

situación por un empeoramiento de la situación monetaria; y aquí, como en todas partes, los peores enemigos de la moneda, lo hemos dicho, son los que se niegan a ver la verdad y siguen corriendo atrás de las quimeras. Parece que no hay forma de cuidar los intereses monetarios, sino dejando de hacer, dejando todo solo y procurando que el peso suba aunque sea carcomiendo las bases de la máquina que puede hacerlo subir. Nosotros pensamos que va a subir, que puede subir el peso, pero no prevemos — y no es lógico que preveamos — una suba instantánea del peso a la par, que si pudiera acontecer sería el momento de que cumpliéramos nuestra función de hombres de gobierno para detenerla, porque habría sonado la hora de problemas gravísimos. ¿Conciben los señores senadores el maíz o trigo a dos pesos? ¿Se supone que el maíz o trigo pueda ponerse a dos pesos y que no habrá perturbaciones? A ese precio no se cosecharía maíz ni trigo, porque nadie cultiva trigo a dos pesos.

¿Y para qué nos lanzaríamos a esta política, abandonando todas las otras y todas las razonables y posibles, persiguiendo la quimera? ¡Ah! Porque está en el camino de lo honesto; la honestidad impone que el peso suba, que se acerque lo más posible a la paridad.

—Ocupa su banca el ministro de Agricultura, ingeniero Luis Duhau.

Sólo podría ser justificable la teoría de que hay que sacrificarlo todo a una política de valorización intencional y sin límites del peso, cualesquiera sean sus consecuencias económicas, si los perjudicados por la depreciación monetaria fueran después los beneficiados por la valorización.

Tomo del más ortodoxo de los escritores monetarios contemporáneos, Ludwig Mises, *Theorie des Geldes und der Umlaufmittel*, página 219 a 221, lo siguiente: «Si se eleva el valor de la moneda, se enriquecen los acreedores a costa de los deudores y del Estado (contribuyentes). Pero aquellos que se enriquecen por el aumento del valor de la moneda, no son los mismos que se perjudicaron por la desvalorización monetaria en el transcurso de la inflación y los que deben sobrellevar las costas de esta política no son los mismos que obtuvieron beneficios de la desvalorización. No se eliminan las consecuencias de la inflación cuando se hace política deflacionista. No se deja sin efecto el acto violatorio

del derecho realizado entonces, cometiendo una nueva violación del derecho. Porque eso es lo que significa la deflación para los deudores.

«Si se quiere compensar los perjuicios que han sufrido los acreedores durante el transcurso de la inflación, ello ciertamente no puede lograrse mediante la deflación. En circunstancias r's simples, en países con crédito poco desarrollado, se ha intentado hallar remedio mediante la transformación de las deudas en dinero, contraídas antes y durante el período de inflación», etcétera.

«No es nuestra función establecer si puede hallarse algo mejor. Pero en cualquier caso en que sea posible indemnizar las pérdidas sufridas por los acreedores, deberá buscarse la solución en una forma análoga a la expuesta. El aumento del poder adquisitivo de la moneda, en todo caso, no es un medio adecuado para la obtención de tal fin. En favor del aumento del valor de la moneda hasta alcanzar el nivel de la paridad metálica que tenía antes de iniciarse el período de inflación, se utilizan argumentos relacionados con la política del crédito. Un Estado que ha perjudicado a sus acreedores mediante la desvalorización monetaria debida a una inflación, sólo podría restablecer la confianza socavada, volviendo al nivel primitivo.

Y desmenuza, por supuesto, esa hipótesis.

Vayan esas breves consideraciones en respuesta a quienes nos han regalado tan amables calificativos por la política seguida por el gobierno, que ha consistido, desde el principio, en salvar el destino de la moneda nacional haciéndola reposar sobre sus bases y no sobre ficciones y permitir que se establezca lo más pronto posible.

Yo sé que se dirá: Pero si todo eso está desmentido groseramente por los hechos; pero si son ustedes los que encontraron el peso a 171 y lo depreciaron. Nosotros no hemos hecho eso. Encontramos el peso hipotéticamente, teóricamente, a 171, mientras se bloqueaban 500 millones de pesos por año, de los que no encontraban a ese precio, ni a ningún otro, divisas extranjeras que solicitaban y tuvieron que aceptar en pago de sus haberes, títulos que en ese momento no deseaban y que debieron negociar a precios inferiores a su valor nominal. Nosotros impedimos que se siguiera formando las fuerzas que pudieran tumbar el peso, entonces sí, a abismos insondables; lo colocamos sobre sus bases, le hemos dado un soporte fir-

me y estamos hoy en condiciones de decir que el Estado puede transferir el manejo de su moneda a un instituto separado de su potestad, que puede llegar al coronamiento del edificio, dando estabilidad a lo que se está estabilizando.

Pero eso no puede ser juzgado con equidad. ¿Quieren los señores senadores permitirme que lea cuatro líneas sobre el juicio que merece al diario que se ha convertido en paladín de la resistencia a las medidas del gobierno, la política seguida en Estados Unidos? Es sabido que en Estados Unidos se ha hecho una cosa bien distinta, como se ha dicho ayer. Allí se bajó intencionalmente la moneda, que estaba a la par y que había posibilidades técnicas ilimitadas de mantener a la par. Intencionalmente se la redujo a casi la mitad de su valor metálico, por una autorización conferida en blanco al Poder Ejecutivo. Pero ese país es Estados Unidos, y entonces se puede decir esto — es a propósito del juicio sobre las elecciones americanas que hace ese diario —: «El pueblo norteamericano, invitado a pronunciar su fallo sobre la política del gobierno, se dio cuenta, acaso intuitivamente y no después de una profunda reflexión, de que sus gobernantes no están desorientados, como lo afirman sus adversarios y de que las medidas adoptadas, lejos de ser una manifestación de exasperación por la imposibilidad de encontrar un remedio a los males del momento, obedecen a un plan cuidadosamente estudiado. Sabe, por ejemplo, que se reprocha al gobierno haber procedido a la inflación abandonando el recomendable principio de la «moneda sana»; pero sabe también que las medidas adoptadas al respecto, más bien han sido vallas a las demandas desatinadas de los inflacionistas.»

Esa es la equidad que se pone para juzgar la política dentro y fuera del país. Aquí se considera acto de inculcable bandidaje, haber tomado una moneda artificialmente fijada y haber dejado que busque en el mercado su nivel, cuidando escrupulosamente de que ese nivel no descienda; todo eso se juzga con los términos más duros que proporciona el léxico. Pero la política de depreciación intencional de la moneda de Estados Unidos hasta hacerla perder el 40 % de su valor, a eso se lo juzga como medidas preventivas y prudentes que sólo han servido para poner límite a las demandas excesivas de los inflacionistas! ¡Todo espíritu equitativo se resiste a la polémica y a la discusión con quienes son incapaces de discernir

con criterio libre de prejuicios y se hallan tan embanderados en el propósito de desprestigiar a las autoridades públicas de su patria!

Pero viene en seguida el dieterio último perfectamente coherente con la actitud asumida al juzgar actos pasados fuera de las fronteras argentinas: Lo proyectado por el gobierno es una delegación de facultades, es hacer desaparecer — se dijo ayer, por el señor senador por Santa Fe — el último vestigio de las instituciones constitucionales de la República. Allí no había delegación de facultades; aquí, sí. Decirle al Poder Ejecutivo de la Nación Americana: fije el dólar al precio que quiera entre 60 y 100, no es delegación de facultades. Decir aquí al Poder Ejecutivo que no fije nada, pero que transfiera el oro de la Caja de Conversión al Banco Central, a un precio que resulte de la equivalencia entre las monedas que transfiera y las otras monedas que el Estado tiene y que va a transferir por el valor que le costaron, eso sí es una delegación de facultades, y es hacer desaparecer hasta los últimos vestigios de la organización constitucional de la República.

¿Qué es delegación de facultades, señor presidente? ¿Qué es lo que no se puede hacer acá constitucionalmente? La Honorable Cámara me permitirá que le haga una breve referencia a un pasaje de Alberdi, que fué el que motivó la traída del tomo que ayer sirvió para otras cosas. Supongo que tiene autoridad y que puede citarse con algún derecho en estos temas. En el capítulo 15 de su *Sistema económico y rentístico*, página 248, del tomo IV de las obras completas, dice: «Sólo hay dos medios de operar reformas en legislación técnica: el despotismo imperial, o las autorizaciones dadas al Poder Ejecutivo cuando rige una Constitución. Un Congreso está compuesto por personas ajenas a los puntos técnicos de la legislación económica» y agrega: «Puntos técnicos y complicados de derecho civil y comercial. En Sud América se dan facultades extraordinarias para desterrar, embargar o encarcelar; rara vez o nunca para decretar caminos, para derogar leyes civiles que destruyen la riqueza para fundar instituciones salvadoras de la civilización.»

No obstante esos conceptos de Alberdi, no me consideraría autorizado a pedir al Congreso de mi país una delegación de facultades que le fueran privativas y sé que la mayoría actual del Congreso no las daría en cuanto no pueda darlas. Pero tengo por delante un fallo

de la Corte americana que fija con precisión el alcance de ciertos vocablos que se emplean, no por su sentido, sino por su valor musical. Algunos políticos y parlamentarios, ya no parecen sólo poetas, parecen juglares, o mejor diría, parecen trovadores; emplean las palabras por su fonética y ciertos vocablos les gustan y los aplican vengan bien o vengan mal.

Hubo un caso en Estados Unidos, en el cual se juzgó el poder conferido al Poder Ejecutivo para fijar los impuestos de aduana de los productos según la procedencia y según el costo de producción del país de que provenían, lo que se llamó cláusula elástica del sistema tarifario americano. El fallo lo dió en nombre de la Corte, nada menos que William Taft. La cuestión planteada, — dijo quien llevaba la opinión de la Corte — era la constitucionalidad del artículo 315, en que se funda la validez de la proclamación.

«La alegación de los contribuyentes se funda en dos argumentos. En primer lugar, sostienen que el artículo es nulo en cuanto involucre una delegación de la potestad legislativa en el presidente, potestad que de acuerdo con el artículo 1º, sección 1ª de la Constitución, ha sido investida en el Congreso. Aparece claro lo que el Congreso perseguía con el artículo 315. Su propósito era de asegurar, por medio de la ley, la imposición de derechos aduaneros sobre artículos importados, derechos que nivelaran la diferencia entre el costo de producción en el extranjero y en Estados Unidos. Puede ser que resulte difícil establecer con exactitud esta diferencia, pero a qué diferencia se refiere la ley, es perfectamente claro e inteligible. A causa de las dificultades para determinar concretamente esas diferencias, el Congreso parece haber dudado de que las informaciones de que disponía eran suficientes para hacer el ajuste con exactitud. Para evitar tales dificultades, el Congreso adoptó en el artículo 315 el método de describir con claridad cuál era su política y su plan y de autorizar luego a un miembro de la rama ejecutiva para ponerlos en práctica, calcular de tiempo en tiempo esa diferencia variable y hacer el ajuste necesario en vista de conformar los derechos aduaneros al padrón involucrado en esa política y ese plan. Puesto que se trataba de un asunto de gran importancia, el Congreso resolvió conferirle al presidente, al jefe de la rama ejecutiva, por la ley, la función de determinar esta diferencia variable. Se le proveyó de un cuerpo de investigadores que deben asistirle para obtener las informaciones necesarias y establecer los hechos que justifiquen los reajus-

tes... Se alega que eso constituye una violación de la ley fundamental de la Nación, el que el Congreso renuncie a su potestad legislativa y la transfiera al presidente o a la rama judicial. La esfera reservada al Congreso comprende toda la acción legislativa en sus múltiples aspectos y el Congreso con frecuencia ha encontrado necesario valerse de funcionarios de la rama ejecutiva, dentro de límites definidos, para asegurar el efecto exacto perseguido en sus actos de legislación, invistiendo a estos funcionarios de amplias facultades para dictar normas generales que interpreten la ley, encaucen los pormenores de su ejecución y hasta establezcan penas para la violación de tales normas. El Congreso puede sentirse incapacitado para determinar convenientemente el momento exacto en que una disposición dictada en ejercicio de su potestad legislativa ha de entrar en vigor por depender ello de condiciones futuras y podrá dejar la determinación de esa época a la decisión ejecutiva o, como sucede con frecuencia en la legislación estadual, a un voto popular de los vecinos del distrito que serán afectados por el acto legislativo. Si en cierto sentido se podría decir que tales vecinos ejercen un poder legislativo, el aserto no sería sin embargo del todo exacto porque el poder ya ha sido ejercido legislativamente por el cuerpo investido de ese poder de acuerdo con la Constitución y sólo se hace depender la condición para que esa legislación entre en vigor, de la manifestación de los votantes.»

Se refiere a un fallo anterior de la Corte y agrega: «La verdadera distinción debe hacerse, por consiguiente, entre la delegación del poder de hacer la ley, lo que necesariamente involucra la facultad discrecional de establecer qué es lo que será esa ley, y la atribución de facultades en cuanto a su ejecución, a ejercerse en virtud y de acuerdo con la ley. Lo primero no puede hacerse; a lo segundo no puede hacerse ninguna objeción válida — dice la Corte —. Y bien, una de las grandes funciones conferidas al Congreso por la Constitución Federal, es la de reglar el comercio interestadual y las tarifas a cobrarse por los porteadores interestaduales en el tráfico de pasajeros y mercaderías. Las tasas a fijarse son millares. Si se le exigiera al Congreso que fijara cada una, se volvería del todo imposible ejercer este poder. Por eso, el sentido común requiere que para fijar esas tasas, el Congreso pueda instituir una comisión, como lo ha hecho, para establecerlas en un todo de acuerdo con una regla general que el Congreso ha estampado previamente, de que las

tarifas sean justas y razonables en atención al servicio prestado y no discriminatorias.»

Se refiere a otro fallo de la Corte anterior y dice: «El Congreso no puede delegar su poder puramente legislativo en una comisión, pero, habiendo establecido las reglas generales de acción de acuerdo con las cuales la comisión deberá proceder, puede encomendar a tal comisión la aplicación de esas reglas a las situaciones particulares, así como la investigación de los hechos a fin de establecer normas en determinados asuntos dentro de las reglas fijadas por el Congreso.»

Se refiere después a otro fallo del juez Mitchell, y agrega estos otros fundamentos: «Nuestra Legislatura ha ido un paso más allá que la mayoría de las demás, invistiendo a nuestra comisión de plenos poderes para determinar cuáles precios son adecuados y razonables en cada caso particular. Si eso fué prudente o no, no toca a nosotros juzgar; pero al hacerlo, no podemos considerar que ella haya trascendido sus facultades constitucionales. La Legislatura no ha delegado en la comisión ninguna facultad o potestad para determinar cuál ha de ser la ley —lo que no sería lícito— sólo le ha conferido una facultad y potestad que debe ejercer en ejecución de la ley y en virtud y de acuerdo con ella, lo que es perfectamente admisible. La Legislatura misma ha resuelto la conveniencia de la ley y lo que ésta ha de ser. A la comisión no se le ha conferido ninguna facultad o potestad respecto de tales cuestiones.

Si el Congreso declara por acto legislativo un principio inteligible al que la persona o cuerpo autorizado para fijar los derechos debe conformar su acción, tal acto legislativo no es una delegación prohibida del poder legislativo —dice la Corte—. Si se ha considerado prudente modificar los derechos aduaneros de acuerdo con las condiciones mutables de la producción en el país y en el extranjero, puede el Congreso autorizar al Poder Ejecutivo para realizar el propósito, asistido por una comisión tarifaria nombrada en virtud de la autorización del Congreso.»

Termina la Corte y dice: «La Corte dijo que siendo cierto que el Congreso no podía delegar poderes legislativos en el presidente, esta ley no investía en ningún sentido real al presidente, del poder de legislación.»

Sin embargo, señores senadores, se seguirá hablando aquí de que hay una delegación de facultades legislativas, porque el artículo 4º del

proyecto dice que el Poder Ejecutivo fijará las equivalencias. Es evidente que están llenados todos los requisitos que el fallo de la Corte que acabo de leer exige para que el Poder Ejecutivo pueda dictar la medida supletoria de acuerdo a la ley que el Congreso dicta. El Poder Ejecutivo no podrá hacer otra cosa que ajustar su conducta al texto de la ley.

Por otra parte, declaro sin ambages que el Poder Ejecutivo se sentiría muy satisfecho, y que no será perturbado su plan de acción, si se estableciera que las equivalencias han de fijarse sobre la base del actual valor de la adquisición del oro, con un margen para arriba o para abajo. Lo que cree el gobierno que sería imprudente, es la estabilización en el momento actual. Completamente de acuerdo al respecto con los párrafos del señor Niemeyer que se ha mencionado esta tarde, cree el Poder Ejecutivo que mientras el dólar y la libra no estén estabilizados puede haber perjuicio en fijar la relación definitiva del peso con el oro. No sabemos nosotros qué destino van a correr las grandes monedas mundiales y qué destino van a tener, en consecuencia, las de los otros países que son concurrentes nuestros, especialmente el Canadá y Australia.

Es un hecho comprobado en el mundo, del que se hacen eco los grandes y serios órganos puristas como *The Economist*, que los precios internacionales se han acomodado a los costos de la producción en los países de moneda averiada, más que en los países que están sobre el nivel del oro. Esa es la tragedia de los países del block oro y no sería prudente que nosotros nos atáramos en nuestra moneda a una relación fija con el metal, cuando acaso las oscilaciones monetarias y la política monetaria determinen el valor internacional de los productos de exportación en relación a otros niveles monetarios que los que hoy existen. Por eso el proyecto del gobierno deja para después la fijación definitiva del valor del peso. El señor senador por Santa Fe dijo ayer que se necesita fijar la relación entre el peso y el papel si tiene un precio dado el oro que se va a transferir de la Caja de Conversión al Banco Central.

La «duplicidad», dijo, de los dos valores —ha querido decir otra cosa, porque duplicidad en castellano tiene otro sentido; quiso decir dualidad de valores— es inconcebible, la dualidad del oro en las transacciones corrientes y el oro que se transferirá al Banco Central es antijurídico, dijo. Pero parece que no le aflige la duplicidad o la dualidad, diría yo, del valor de las monedas de oro que habrán de transfe-

rirse al Banco Central de la Caja de Conversión y de las áreas del gobierno. Le parecería normal que le transfirieran una a 11,45 y otra a 30 pesos. No es posible argumentar que eso esté bien y que eso es lo jurídico.

El gobierno ha sostenido con profunda convicción que los problemas jurídicos del oro no están planteados. Si la moneda tiene un valor legal distinto del valor de hecho, es una cuestión que no me interesa mucho dilucidar aquí. He expuesto mis puntos de vista como abogado, defendiendo una causa legítima, aunque no soy abogado en este momento, como dijo el señor senador por Santa Fe, empleando un tiempo de verbo o corrigiendo en la versión taquigráfica el mismo, para emplear uno impropio.

Debe saber que el ministro que habla no es abogado de Banco ni de nadie. Cuando aceptó el cargo de ministro cerró su estudio, se separó de su tarea profesional porque ese era su deber; y en esta materia, por lo que podía ser su acción de gobierno, impuso a su socio de estudio que renunciara a toda representación de corporaciones financieras o de bancos, de manera que no pudiera en ningún caso aparecer con actividades vinculadas a las que desempeña su ex socio en el Ministerio de Hacienda.

Como abogado he sostenido una tesis que no puede interesar al Congreso.

Si el valor legal del oro, decía, ha de coincidir siempre con el valor de hecho, esta ley no plantea ningún problema que no exista en la actualidad. Si hoy el peso vale frente al oro en las relaciones contractuales en proporción a lo que cuesta el oro en el mercado abierto, nada se modificará de esa situación por esta ley.

Si en cambio la situación es distinta, si otras tesis son las más fundadas, si el peso tiene un valor legal, si existen disposiciones imperativas en nuestro cuerpo de leyes que establecen para nuestra moneda un poder cancelatorio dado, ese poder no se modifica sino por una alteración de las leyes que en este momento no consideramos.

Ese es el punto de vista del gobierno. Intencionalmente ha querido eludir toda cuestión jurídica, que cree que se plantearía hoy en forma inoportuna. Bastantes problemas tenemos para recargarnos intencionalmente con otros que todavía no se han planteado.

La fijación del valor cancelatorio del peso frente a las obligaciones a oro lógicamente debe plantearse cuando se fije la relación legal del oro y del papel y no cuando se hace una simple operación comercial de venta de una

parte de oro, que no se diferencia sino en su magnitud de otras operaciones de venta de oro que hacemos todos los días.

No se alteró la relación contractual ni la relación legal en Francia cuando el gobierno presidido por Poincaré, apartándose de la vieja legislación, comenzó a adquirir oro en el mercado a los precios que ese oro tenía. La relación legal se alteró el día que el Congreso de aquel país quiso fijar imperativamente una relación entre el oro y el papel. Por eso el gobierno ha dicho lo que dijo; y vería con buenos ojos, para evitar equívocos, algo que adelantó el señor senador Arenas que plantearía el señor senador Sánchez Sorondo: que el Congreso dijera más o menos lo que he expresado, que esta ley no modifica estas situaciones, que las obligaciones a oro que hasta este momento se pueden pagar con 2,27, se podrán seguir pagando con la misma cantidad en papel. Si se adoptara así una terminología parecida, aunque invertida, a la que adoptó la ley francesa, me parece que haría el Congreso una obra sana. También me parecería bien que se tuviera en cuenta la distinción legislativa que se hizo cuando la inconvertibilidad del año 85 por iniciativa de Pellegrini, que trajo al Congreso la opinión del Poder Ejecutivo como ministro de Guerra.

Pero sobre eso el gobierno no ha querido abrir juicio prematuro por las razones que expresé, porque entiende que no alterándose la situación legal, no alterándose la situación de hecho, no hay por qué suponer que una enajenación de oro, que una valuación de partículas de oro, vaya a crear problemas jurídicos dados.

El gobierno se ha querido limitar a resolver los problemas que tenía por delante: la ordenación del sistema monetario, la fijación de reglas precisas para el manejo de los bancos, medidas seguras para la movilización de los créditos, posibilidad de liquidaciones ordenadas, seguridades dadas al país atribulado de que se encuentran rigiendo sus destinos un conjunto de hombres con o sin defectos, seguramente plagados de ellos, pero con la decisión de no dejar la suerte del país abandonada al azar y de cuidar los intereses colectivos, imponiéndose el doloroso esfuerzo necesario para llevar adelante obras como la que el Congreso va a votar, que implica para el ministro que en este momento deja la palabra, la mortificación considerable de haber ocupado la atención del Senado por un tiempo tan largo como el que ha tenido la gentileza de escucharlo. (*Muy bien! Muy bien! Prolongados aplausos*).

--Ocupa la Presidencia el vicepresidente de la Nación, doctor Julio A. Roca.

Sr. Palacios. — Pido la palabra, para hacer una aclaración muy breve a una manifestación del señor ministro de Hacienda.

Pocos minutos antes de pasar a sesión secreta, entré en el recinto, en momentos en que el señor ministro hacía una referencia a mi partido, que no pude escuchar sino en parte. Acabo de pedir a la Oficina de Taquígrafos la versión del discurso, y en ella constato, con verdadero dolor, que el señor ministro ha afirmado que el Partido Socialista argentino tiene 40 diputados extranjeros, provocando de esta manera hilaridad en los señores senadores y en las personas que asisten a la barra, a costa de una agrupación política respetable, de gran integridad moral, a la cual ha tenido el honor de pertenecer el señor ministro de Hacienda y cuya actuación patriótica ha sido reconocida en su presencia, por el señor presidente de la Nación el día que nos invitó para pedirnos colaboración en el estudio de los proyectos financieros.

La afirmación es falsa y revela la poca discreción del señor ministro para quien he tenido toda clase de consideraciones al fundar mi moción de aplazamiento de los proyectos y de quien, por lo menos, debía esperar verdad en las expresiones cuando se refiriese a mi partido.

Si todas las afirmaciones hechas por el señor ministro relativas a este complejo y delicado asunto que estamos tratando, tienen el mismo carácter que ésta a que me refiero, podría declarar de una manera categórica, que está sosteniendo una tesis detestable.

El señor ministro sabe que el Partido Socialista Argentino, no tiene cuarenta diputados extranjeros; sabe, también, que los pocos nacionalizados que existen en ese cuerpo son tan argentinos, constitucionalmente, como él; y lo que es lamentable, es que la inexactitud venga de un hombre que tanto debe al Partido Socialista y que en otras oportunidades con la elocuencia, que yo me he complacido en reconocerle, ha hecho el elogio más caluroso de esa agrupación política.

No hace muchos años el diputado Pinedo, miembro del grupo de los que hoy llama despectivamente extranjeros, pronunció estas palabras en el Parlamento: «Somos el grupo político que con más autoridad podemos hablar en la Cámara; ninguno de nosotros ha venido a proponer medidas contrarias al progreso; en cambio, todos los nuestros, en toda su actuación parlamentaria y política, han contribuido con

eficacia a la disminución progresiva de los impuestos, cosa que no han hecho los distintos grupos políticos que aquí tienen representación». Y agregaba estas palabras que me veo obligado a repetir porque el ministro ha tenido un gesto despectivo para sus antiguos camaradas, en presencia del único representante socialista que asiste a este debate después de haberle hecho el elogio que merecía su actitud serena, tranquila, de hombre ilustrado que defiende sus convicciones. Son las siguientes:

«Los partidos de la derecha poco han aprendido en estas cosas; siguen su tradicional política. Ellos son los que han brindado a la mayoría parlamentaria la oportunidad de que rijan estas leyes, y hasta han ahogado las esperanzas que podíamos abrigar en la acción de algunos partidos provinciales que hoy vemos refundidos en el bloque de la derecha».

Lo que era perfectamente consecuente con lo que había manifestado años anteriores al decir: «como defender y conservar es su misión por excelencia, se agrupan tomando la defensa de la propiedad como bandera o como pretexto, los individuos y las clases vinculadas al pasado. Cada progreso en el orden social que les mitigue un privilegio, es para ellos un atentado de lesa propiedad.»

Señor presidente: Yo tengo el derecho de expresarme así, reprochando al ministro sus palabras, porque mi actitud en el Senado en todos los instantes, aun en los que se ponía a prueba mi serenidad y mi tranquilidad, ha sido compatible con el respeto al adversario, y porque creo que el respeto recíproco entre los partidos y entre los representantes de los partidos es una garantía de buena política.

Nada más.

Sr. Ministro de Hacienda. — Pido la palabra.

Deploro vivamente haber pronunciado una frase incidental que ha desencadenado esta tempestad...

Sr. Palacios. — No es una tempestad, y le advierto al señor ministro, a quien he tratado con respeto, que no le voy a permitir que use palabras que signifiquen la más mínima expresión despectiva para mí, o para mi partido.

Sr. Ministro de Hacienda. — No tengo la menor intención de emplear ninguna expresión despectiva, ni para su partido ni para el señor senador, y nuestra relación de casi 25 años, bien pudo haberle hecho pensar que será así.

Hice una afirmación totalmente de paso, diciendo que me había llamado la atención un artículo publicado en «La Vanguardia», el que decía que el país era una factoría porque se

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

daba representación a los extranjeros en el directorio del Banco Central. Dije que me parecía eso impropio de un partido como el socialista, al cual yo he pertenecido, en el que me he formado, al que debo muchas enseñanzas, o más bien, al cual debo casi todo...

Sr. Palacios. — Me complace mucho oírlo hablar así.

Sr. Ministro de Hacienda. — ...pero que notoriamente da a los extranjeros una participación en las cosas públicas mayor que cualquier otro grupo político argentino.

Ahora, si eso se ha tomado como despectivo, me llena de asombro, porque si una cosa me ha caracterizado, es poder hablar bien del adversario, cosa que también caracteriza al señor senador por la Capital.

Sr. Palacios. — Lo he probado.

Sr. Ministro de Hacienda. — De manera que no vale la pena hacer un incidente, y si alguna palabra mía pudiera ser interpretada como vejatoria para el partido que representa el señor senador, cumplo gustoso el deber de retirarla porque no ha sido esa mi intención.

Sr. Palacios. — Muy bien. Quedo muy complacido por las manifestaciones del señor ministro.

Sr. Arenas. — Pido la palabra.

La cuidadosa y completa exposición del señor ministro de Hacienda, así como la ausencia del señor senador por Santa Fe, quitan oportunidad y conveniencia, para que el miembro informante rectifique las aseveraciones vertidas en la sesión de ayer.

Sin embargo, quiero agregar algunas palabras a las dichas ya por el señor ministro, a propósito de un asunto en que la comisión ha introducido una reforma en el texto del proyecto del Poder Ejecutivo. Me refiero a las dos y tres firmas que se exigen para los redescuentos bancarios. Es la única de las reformas de la comisión, que ha sido motivo de objeción por el señor senador preopinante.

Había dicho en su réplica el señor ministro, que el documento de dos firmas es escaso en el país, por la modalidad de nuestro comercio que generalmente procede sin firmar documentos.

El hecho es exacto. La mayor parte de los papeles que pueden ir al redescuento de la Caja de Conversión son de una firma, y eso fué lo que tuvo en cuenta la comisión; por otra parte, no es el número de firmas lo que da solidez a un instrumento de crédito, sino la ca-

lidad de los firmantes. Es así como se clasifica en Londres el papel de primera; un endoso de Baring Brothers o de Rotschild, hace innecesario el examen de las otras firmas, para un redescuento.

La situación del país debe contemplarse en este momento, ya que la creación del Banco Central no es solamente un asunto teórico, sino que está vinculado a necesidades de emergencia; debe tomarse en cuenta el medio en que va a actuar, la situación por que se atraviesa y las necesidades que es indispensable satisfacer.

Se ha observado, señor presidente, que es muy escaso el papel para redescuento que tienen actualmente los bancos. La exigencia de las dos firmas privaría casi totalmente el redescuento, en un país muy poco evolucionado, con un sistema de crédito primitivo, en donde el comercio opera generalmente en cuenta, sin firmar documentos, en donde hay una deficiente organización agraria, sin warrant de los trigos, sin una red de los elevadores que con sus certificados de la cantidad de kilos y su peso específico, permiten una operación de crédito que se realiza en diez minutos en Estados Unidos o en Canadá; aquí tenemos que usar la prenda agraria, no sólo dificultosa por su larga tramitación, sino porque no ofrece la seguridad que un simple recibo de warrant canadiense o americano tiene.

Nosotros no tenemos, por ejemplo, desarrollado el crédito sobre mercaderías de tránsito. Inmediatamente que en Norte América se compra una mercadería en el extranjero, con una combinación entre dos bancos, se entregan los conocimientos a uno de plaza y se abre un crédito por cuenta de otro Banco de Estados Unidos, el que permite pagar al vendedor la mercadería antes de que el comprador la haya vendido.

Había dicho en alguna parte de mi exposición de ayer, que una de las cuestiones fundamentales que había que tener en cuenta, al dar estructura a un Banco central, es adaptarlo al medio ambiente en que va a actuar. Esta es una de las circunstancias, señor presidente, que la comisión ha debido tener en cuenta, no para modificar la redacción del Poder Ejecutivo, sino más bien para dejar aclarada una situación que aparecía confusa en el proyecto.

Después de la exposición del señor ministro, sólo agregaré que la impugnación no ha tenido el propósito de contribuir a la dilucidación del delicado e importante problema planteado, sino agitar la opinión con la revaluación del oro. Sin

Enero 30 de 1935

CAMARA DE SENADORES

77ª Reunión. Cont. de la 15ª sesión ext.

embargo, la opinión ha permanecido tranquila, confiada en la prudencia de los gobernantes, que si no han podido evitar la depreciación de los cambios, han mantenido sólidamente el valor adquisitivo interno.

Nada más, señor presidente.

Sr. Presidente. — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar, en general, el despacho de la comisión.

—Se vota, y dice el:

Sr. Secretario (Figueroa). — Afirmativa general.

Sr. Presidente. — En discusión en particular el proyecto de ley sobre creación del Banco Central.

—Se lee el artículo 1º.

Sr. Presidente. — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Sánchez Sorondo. — Pido la palabra.

Me permito hacer moción, señor presidente, para que el Senado pase a cuarto intermedio hasta mañana.

Sr. Presidente. — Está en discusión la moción del señor senador por Buenos Aires.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Presidente. — Invito al Senado a pasar a cuarto intermedio hasta mañana.

—Era la hora 21 y 15 minutos.

RAMÓN COLUMBA,
Director de Taquígrafos.